

***ESCARMIENTOS  
PARA EL  
CUERDO***

**Tirso de Molina**

## *PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA*

- **GARCÍA de Sá, viejo**
- **Don JUAN de Mascareñas**
- **MANUEL de Sosa**
- **Doña MARÍA de Silva**
- **SAFIDÍN, Rey indio**
- **BUNGA, negra**
- **DIAGUITO, niño**
- **CARBALLO, lacayo**
- **BARBOSA**
- **Doña LEONOR de Sá**
- **Doña ISABEL**
- **ROSAMBUCA, Reina india**
- **CURGURU, negro**
- **QUINGO, negro**
- **MARINEROS**
- **Dos CRIADOS**
- **NEGROS**
- **SOLDADOS**

## ACTO PRIMERO

*Música de todos géneros y entran por un palenque con los instrumentos de un bautismo en fuentes de plata, gentileshombres bizarros en cuerpo; detrás de todos don JUAN, que lleva sobre una fuente un turbante y en él una corona, y en el remate una cruz. Luego vestido a lo turquesco, de blanco, el rey SAFIDÍN, descubierta la cabeza; a su lado GARCÍA de Sá, viejo, gobernador, bizarro, en cuerpo a lo antiguo. Por otro palenque SOLDADOS bizarros, uno de ellos con la banda de las Quinas de Portugal; y arcabuces, trompetas y cajas. Detrás, arrastrando una pica, MANUEL de Sosa, muy bizarro, y delante de él DIAGUITO con arcabuz pequeño, espada y daga. Arriba, en un balcón despejado y grande, la reina ROSAMBUCA a lo indio, coronada, y a su lado doña LEONOR, muy bizarra, y doña MARÍA, de hombre, muy galán. Va a besar la mano MANUEL, a GARCÍA, y tiénele*

MANUEL: A los triunfos portugueses,  
cuyas belicosas quinas,  
armas ya, primero estrellas,  
tiembla el Asia, Europa envidia,  
después que logró la iglesia  
las católicas vigilias  
de Enrique, glorioso infante,  
que ocasiona las primicias  
de este dilatado imperio  
y en diez lustros vio su silla,  
Portugal, triunfante en Goa,  
freno absoluto de la India;  
a sus triunfos, pues, eternos,  
añada Vueseñoría,  
gobernador generoso

de tanto emporio y provincias,  
el que la fama le ofrece  
con la victoria más digna  
de perpetuarse en bronces  
que conservó el tiempo escritas.  
Quiso el gran Nuño de Acuña  
dar fin dichoso a sus días  
y gobierno, que en diez años  
honraron tantas conquistas,  
con la inexpugnable fuerza  
de Dío, que vio cumplida,  
a pesar de resistencias,  
ya idólatras, ya moriscas.  
Diola cuatrocientas brazas  
de ruedo, con perspectiva  
y figura triangular,  
y en sus ángulos fabrica  
tres célebres baluartes,  
sin otro, que predomina  
en medio la plaza de armas;  
y al cabo la fortifica  
de fosos, muros, torreones,  
portas, puentes levadizas,  
armas, bastimento y cuanto  
mostró el arte a la milicia.  
Llamóla Santo Tomé,  
apóstol que santifica  
con su sangre a Meliapor  
y a Oriente con sus reliquias.  
Presidióla con mil hombres;  
y dándome su alcaidía  
premió en mí, cuando no hazañas,  
lealtad que la califica.  
El Soldán de Cambayá,  
que a la libertad antigua  
de su imperio vio poner  
tal yugo en su tierra misma,  
e impaciente de que extraños  
le registren las salidas  
y entradas que al Indo mar

nuestro fuerte le limitan,  
por tres años de gobierno  
que estuve en aquella isla  
procuró mi destrucción,  
ya en fe de paces fingidas,  
disimulando asechanzas,  
ya en peligrosas caricias,  
convidándome a sus fiestas  
y frecuentando visitas,  
ya, en fin, viendo mi cuidado  
con descubierta malicia,  
asaltándome de noche  
varias veces; mas perdida  
la esperanza de vencerme,  
habiendo llegado un día  
a Dío el gobernador  
don Nuño con dos cuadrillas  
de naves de guerra, apresta  
el bárbaro la infinita  
multitud de sus vasallos  
--en secreto apercebida--.  
De paz al puerto se acerca  
y con él concierta vistas  
que don Nuño rehusó  
diciéndole que venía  
indispuesto; dióle fe  
el Soldán, y con festivas  
demostraciones, creyendo  
hacer en él presa rica  
y enviarle en una jaula  
de hierro al Gran Turco, avisa  
al capitán general  
que sus gentes aperciba.  
Despachó luego un presente  
de diversas salvajinas,  
como corzos y venados  
al enfermo, y se convida  
a entrar a verle a su nave;  
mas antes de darle, quitan  
a la caza pies y manos,

señal ordinaria en la India,  
cuando tal regalo se hace,  
de que ya es gente cautiva  
sin pies ni manos aquella  
a quien tal presente envían.  
Disimuló su soberbia,  
y admitiendo su visita  
le hicieron bélica salva  
bombardas y chirimías.  
Llegó en seis fustas el moro;  
pero apenas subió arriba  
por la escala al galeón  
cuando manda que le embistan  
trescientos juncos y paraos  
--naves son de la milicia  
indiana--con que en un punto  
el mar, que de tanta quilla  
se vió oprimido, espumando  
cólera, montes enrisca  
tan altos, que pudo en ellos  
volverse la luna ninfa.  
Seis mil flecheros disparan  
a un tiempo jaras y grita  
tanta, que sordos y ciegos  
temió el oído y la vista;  
pero haciéndose a la mar  
los nuestros, las naves viran,  
y, parteando preñeces  
de bronce, las olas limpian  
con las esconas de fuego,  
cuyas pelotas derriban  
mil cabezas para chazas  
de la fama que eternizan.  
Tembló la armada blasfema,  
huyendo las que fulminan  
nubes de metales roncós  
los Falaris de sus vidas,  
y el bárbaro que intentaba,  
mientras sus flechas granizan,  
prender al gobernador,

viendo la mortal rüina  
de sus indios, temeroso  
se arroja al agua, y encima  
de sus olas con los brazos  
lisonjas al mar dedica.  
Blanco de nuestros mosquetes,  
llegó con tantas heridas,  
que para escribir victorias  
su sangre al mar prestó tinta.  
Tomó puerto ya sin alma  
el cuerpo infiel, y a la orilla,  
en mausoleos de arena,  
no echó menos los de Libia.  
Saltamos en tierra todos,  
y barriendo la marina  
de la infinidad cobarde,  
la venganza hizo tal riza  
que, temerosas las almas  
de la estrecha compañía  
de sus cuerpos, diez mil moros  
a la muerte hicieron rica.  
Asaltamos la ciudad,  
que de nuestro fuerte dista  
dos leguas, y entrando en ella,  
ni la inocente puericia,  
ni la decrepita plata,  
ni el sexo hermoso que priva  
de las armas el furor  
y vence a la cortesía,  
admitió sus privilegios;  
porque igualmente la ira  
portuguesa añadió a Troya,  
si no lástimas, cenizas.  
Satisfizo su hambre el fuego,  
como su sed la codicia,  
con los robados despojos,  
y después que por tres días  
unos lloran y otros cantan,  
el gran Nuño fortifica  
la plaza; añade soldados

a la fortaleza e isla;  
encarga a Antonio Silveira,  
persona tan noble y digna,  
de su gobierno, que puede  
serlo de esta monarquía.  
Cumplidos ya mis tres años,  
llevarme en su compañía  
quisiera el gobernador;  
pero la amistad antigua  
del nuevo alcaide Silveira  
pudo tanto, que me obliga  
a militar a su sombra,  
y la inclinación y estima  
que a Dío y su fortaleza  
tengo, pues fue hechura mía,  
y yo su primer caudillo,  
me compele a que le asista.  
Murió el gran Nuño, si muere  
quien, a pesar de la envidia,  
en archivos de la fama  
al tiempo se inmortaliza,  
y entró el gran don Juan de Castro,  
tercer virrey de la India,  
que cargado de victorias  
en flor la muerte marchita.  
Muerto, pues, el Soldán viejo,  
Baduz de la fuerte dicha,  
y siendo su sucesor  
un sobrino--que no estiman  
los hijos para herederos  
en estas anchas provincias,  
sino a los hijos de hermanas,  
pues de este modo averiguan  
ser su sangre y aborrecen  
sospechosas bastardías  
por las dudas de los padres,  
que en la mujer no peligran--  
deseando la venganza  
del tío, en secreto envía  
embajadores a Grecia

que al Turco favor le pidan  
con que destierren del Asia  
las portuguesas reliquias,  
y sujetando el Oriente  
usurpe su monarquía.  
Es el bravo Solimán  
el que agora tiraniza  
el otomano gobierno;  
aquél que tembló en Hungría  
de la fortuna de Carlos,  
y afrentoso se retira  
de las águilas del César,  
luz de Austria y sol de Castilla.  
Éste, pues, considerando  
que si codicioso esquilma  
las orientales riquezas,  
sus drogas y especierías,  
señor del globo terrestre  
será fácil su conquista  
y del un trópico al otro  
no habrá nación que no oprima,  
arroja al Bermejo mar  
por las riberas egipcias  
sesenta y cuatro galeras  
y en ellas turcos alista.  
Trece mil rumes--así  
a los turcos apellidan  
en estas partes, creyendo  
que de Roma se originan--  
genízaros los seis mil  
y esotra gente escogida,  
ejercitada en Europa,  
los más de su guardia misma;  
nómbrales por general  
el Bajá de Egipto, digna  
persona para tal cargo  
por la experiencia y noticia  
en las cosas militares;  
pero de tan peregrina  
crasitud y corpulencia,

que dicen que le caía  
sobre los pechos la carne  
de la barba, y que las tripas  
con una faja al pescuezo  
atadas, le daba grita  
nuestra gente, y le llamaba  
ganapán de su barriga.  
Éste, pues, aunque tan grueso,  
inmóvil en una silla,  
lo que en las fuerzas  
le falta equivale  
en lo que arbitra;  
desembarcó en Cambayá  
y recibióle en su orilla,  
con aplausos y lisonjas,  
el Soldán y su familia;  
y deseosos los dos  
de dejar la tierra limpia  
de lusitanos estorbos,  
marcharon al otro día,  
llevando en entrambos campos,  
sin chusma y gente baldía,  
cuarenta y siete mil hombres,  
los treinta de flechería,  
los demás ejercitados  
en el mosquete, la pica,  
y los demás que en Europa  
honra nuestra disciplina.  
Llegados por tierra y mar  
tercios y naves nos sitian,  
y luego al asalto tocan,  
porque no nos aperciban  
la prevención y el sosiego;  
pero al instante que arriman  
escalas a la muralla,  
las coronan por encima  
portugueses que, animosos,  
trescientos turcos derriban  
a la ruciada primera  
de nuestra mosquetería.

Éramos sólo quinientos,  
cincuenta mil la enemiga  
multitud; contad ahora  
a qué tantos nos cabría.  
Matáronnos seis no más,  
y cobardes se retiran  
a las tiendas de Cogá,  
general de la provincia.  
Hubo entonces portugueses  
a quien el valor anima  
de suerte, que abren las puertas  
y la retaguardia pican  
hasta coger treinta de ellos,  
que con música festiva  
colgaron de las almenas,  
para mayor ignominia,  
con sus arcos a los cuellos,  
cimitarras en las cintas,  
turbantes en las cabezas,  
vestidos de telas ricas.  
Blasfemaba el bajá grueso,  
que nuestro valor admira;  
pero lo que sintió más  
es ver que el mar solemniza  
nuestra victoria de modo  
que, aplaudiendo nuestra dicha,  
montes de vidrio levanta  
por que en los cascos embistan.  
Chocaron unos con otros  
de suerte que, sumergidas  
seis galeras, las demás,  
destrozadas, se retiran  
al puerto de Madrefaba,  
cinco leguas más arriba  
de Dío, donde ancorando,  
cansancio y temor alivian.  
Atrincheróse en el cerco  
el campo; y la artillería,  
a caballero plantada,  
comenzó la batería;

y porque nuestros reparos  
menos al esfuerzo sirvan,  
una máquina echó al agua,  
que puso al principio grima.  
Era un galeón cargado  
de pez, pólvora y resina,  
de salitre y alquitrán,  
que al fuerte del mar arriman,  
para que, dándole fuego,  
mientras le vuelven ceniza  
las llamas, les den entrada,  
y el humo que desatina  
estorbe nuestra defensa.  
La traza era peregrina,  
a no ser tan grande el peso,  
que aguardaron aguas vivas  
para poderle arrimar;  
pero osó la valentía  
de Francisco de Gobeá,  
capitán de infantería,  
hacer una hazaña hasta hoy  
sin ejemplar e inaudita,  
española, temeraria,  
portuguesa, ejecutiva.  
Aguardó a la media noche,  
y arrojándose en camisa  
al agua con una mecha  
dentro un cañón encendida,  
y una bomba de alquitrán,  
al galeón se avecina,  
y en un instante le pega  
la contagiosa malicia,  
con que los tres elementos,  
aire, tierra y fuego, lidian  
sobre el cuarto de tal forma,  
que reventando en astillas,  
luminarias de esta hazaña  
fue que al turco atemoriza.  
Quedó el bárbaro asombrado;  
y ciego, al cuarto de prima,

el castillo de Rumeo  
asalta, y a escala vista  
le entró, perdiendo los nuestros  
en su defensa las vidas,  
sin quererse dar jamás,  
y entre ellos la valentía  
de su capitán Pacheco,  
cuya muerte en bronce escrita,  
siendo herencia de la fama,  
a un tiempo alegre y lastima.  
Diez asaltos generales  
nos dieron en veinte días,  
sin dejarnos sosegar  
uno solo; pero diga  
si ardides y estratagemas,  
tiros, flechas, fosos, minas,  
hallaron la vigilancia  
de nuevo valor vestida.  
Treinta hombres quedamos  
solos de quinientos, mas suplía  
el ánimo cantidades,  
hasta que al fin nos animan  
veinte fustas de socorro  
que don Juan de Castro envía  
con armas y bastimentos,  
y de noche dieron vista  
a nuestro fuerte, trayendo  
con presencia ostentativa  
cada uno cuatro faroles.  
Oyeron sus culebrinas  
los turcos, y sospechando  
tener a toda la India  
sobre sí, pegando fuego  
a su alojamiento, guían  
a embarcar, tan temerosos,  
que el bagaje, artillería  
y cuatrocientos heridos  
dejó, por que no le sigan.  
Veinte mil le degollamos  
en dos meses, cuyas vidas

nos costaron cuatrocientas,  
a cincuenta bien vendidas.  
Recogimos los despojos;  
y con fiestas y alegrías  
en procesión venerable  
dimos las gracias debidas  
a Dios y a su madre intacta.  
No cuento, por infinitas,  
hazañas particulares.  
Los extraños las escriban.  
Sólo digo que hubo esfuerzo  
--el ánimo desatina--  
de portugués que, faltando  
la munición, se derriba  
los dientes con el cañón  
--es loca la valentía--  
matando a turco por diente.  
Estime vueseñoría  
esta célebre victoria,  
y valerosa prosiga  
las hazañas portuguesas  
porque el Asia se nos rinda.

GARCÍA:       Estando vuestro valor  
en Dío, Manuel de Sosa,  
la victoria era forzosa,  
por más difícil mejor.  
Safidín, rey de Tanor,  
--provincia es de Malabar--  
se ha venido a bautizar;  
que mientras reino conquisto  
en paz, también sabe Cristo  
coronas a su ley dar.  
Él y la reina han honrado  
nuestra corte, y yo, padrino  
de Safidín, determino  
festejar tan gran soldado.  
A buen tiempo habéis llegado;  
ponga luminarias Goa,  
y de la mejor canoa  
hasta el mayor galeón,

con festiva ostentación  
adornen de popa a proa.

MANUEL: Déme a besar vuestra alteza  
la mano.

SAFIDÍN: Las vuestras dan  
asombros a Solimán  
y a Cambayá fortaleza.  
Cristiano soy, la llaneza  
de Portugal es la mía;  
alistad desde este día,  
sin reverenciar mi estado,  
Manuel de Sosa, un soldado,  
hermano de don García.

El nombre dejo primero  
con la ley. Ya soy nuevo hombre;  
en las obras y en el nombre  
imitar vuestro rey quiero.  
Déme don Juan el Tercero  
con el suyo su valor;  
don Juan soy, gobernador;  
que este blasón inmortal  
como ilustra a Portugal  
ha de ilustrará Tanor.

Cuando en el agua divina  
mi esposa vuelva a nacer,  
el nombre le ha de poner  
vuestra reina Catalina.  
A Dios la cerviz inclina,  
y a pesar del Alcorán,  
pues ley y nombre nos dan  
vuestros reyes, ¿qué más fama,  
si Catalina se llama  
y el Rey Safidín don Juan?

GARCÍA: Gracia, señor, significa;  
gracias al cielo se den,  
pues en vos los nuestros ven  
la gracia que os vivifica;  
en cuerpo real alma rica  
de virtudes; envidiar  
os pueden A un tiempo y dar

parabienes mi contento:  
reinar sin Dios es tormento,  
servirá Dios es reinar.

JUAN: Dadnos, capitán de Dío,  
los brazos, si merecemos  
los que vuestros triunfos vemos  
gozarlos.

MANUEL: ¡Oh don Juan mío!  
El alma que alegre os fío  
con ellos es bien que os dé.

JUAN: ¡Grande valor!

MANUEL: Corto fue,  
y mis hazañas pequeñas  
sin don Juan de Mascareñas,  
columna de nuestra fe.  
Mucho traigo que contaros.

DIAGUITO: Si mi pequeñez merece  
esa mano que ennoblece  
a cuantos llegan a hablaros,  
haga mis principios claros  
y honre vuestra señoría  
con ella la boca mía.

GARCÍA: ¿Quién sois vos, rapaz hermoso,  
tan portugués en lo airoso,  
tan hombre en la bizarría?

DIAGUITO: Poca cosa en lo chiquito,  
si grande en lo portugués;  
hidalgo me dicen que es  
mi padre, y yo soy Diaguito.

GARCÍA: Manuel: ¿es vuestro?

MANUEL: Un delito  
amoroso en Portugal  
me le dejó por señal  
y pena de mi ignorancia.

GARCÍA: Qué, ¿hijo es vuestro?

MANUEL: Es de ganancia.

GARCÍA: Ganancia fué de caudal.

DIAGUITO: Nadie diga que es mi padre;  
que a mí nadie me engendró  
en el mundo mientras yo

no sepa quién es mi madre.  
Esa ganancia le cuadre  
al que es torpe mercader,  
y ninguno ose poner  
en mí, con viles empleos,  
que por *o corpo de deos*  
*que os bofes lle he de comer.*

CARBALLO: Tomaos con el rapacito.

SAFIDÍN: ¿Vióse donaire más bello?

GARCÍA: Es portugués. Basta sello;  
no haya más, señor Diaguito.

LEONOR: Gusto me ha dado infinito.

MARÍA: Subid al balcón, amores.

GARCÍA: Las damas arrojan flores,  
hagámoslas cortesía.

MANUEL: Plegue al cielo, Leonor mía,  
que no paren en rigores.

*Éntranse con música, como vinieron, y  
quedan CARBALLO y BARBOSA*

BARBOSA: Pues, Carballo, ¿cómo ha ido  
allá con tanto rebato?

CARBALLO: Como tres con un zapato.  
Poetas habemos sido.

BARBOSA: ¿Cómo?

CARBALLO: Hicimos maravillas.

Entre los tiros diversos  
hay unos llamados versos  
que arrojaban redondillas.

Otros de mayor estima  
que, porque si disparaban,  
a ocho los arrimaban,  
se llaman octava rima.

Poetizaba un culebrón  
al turco de un parapeto  
que se llamaba soneto,  
mas dad al diablo su son;  
porque derribaba a bulto,

echando su consonante,  
cuanto topaba delante.

BARBOSA: Ese tal debe ser culto.

CARBALLO: Otro de una cota armado  
con dos quintales de bola  
de catorce pies.

BARBOSA: ¿Y cola?  
Soneto fue estrambotado.

CARBALLO: Pues ¿qué ciertos falconcillos  
que enramados escupían  
balas y piedras?

BARBOSA: Serían  
romances con estribillos.

CARBALLO: De esto hubo abundantemente,  
y más que si disparaban  
todos ellos se preciaban  
de poetas de repente,  
asombrándose de vellos  
en llegándose a entender.

BARBOSA: Sátiras debían de ser  
pues que todos huyen de ellos.

Ahora bien, señor Carballo,  
si no tiene alojamiento,  
el mío estará contento  
de servirle y de hospedallo.

CARBALLO: *Beixo o as maos.*

BARBOSA: La amistad premia  
con lo que tiene, y acá,  
si en versos de bronce da  
toda Goa es academia.

*Vase. Sale doña MARÍA en hábito de  
hombre*

*¡Ah fidalgo!*

CARBALLO: Ése es mi nombre.

MARÍA: Una palabra entretanto  
que entran.

CARBALLO: *¡Jesu, corpo santo!*

¿qué he visto? ¿Quién eres, hombre?

MARÍA: ¡Ah, Carballo! ¿quien podía ser, sino una desdichada sin honor y ya olvidada?

CARBALLO: Señora doña María, ¿en la India vos? ¿Vos en Goa, y en traje tan indecente?

MARÍA: Mujer amante, y ausente aborreciendo a Lisboa, donde promesas y engaños acaudalaron enojos, pagando en llanto los ojos olvido de tantos años; cuando llegué a aventurar lo menos, si ya perdí lo más, ¿qué mucho que aquí me halléis?

CARBALLO: ¿Que el inmenso mar y sus peligros se atreva a pasar una mujer?

MARÍA: ¿Qué mar como el bien querer? ¿Qué golfos como hacer prueba en un hombre que olvidado de obligaciones de amor, cuando profesa valor, su valor ha amancillado? Salí por ver si hallaría el que llama la confianza cabo de Buena Esperanza, mas no le tiene la mía. Y no me anegó la suma de tanto golfo y rigor; que no anega el mar a amor porque es nieto de su espuma. Hombre con obligaciones tan precisas de remedio, con un hijo de por medio, que suelen ser eslabones que encadena voluntades, y en él, el que trujo ha sido

Leteo para su olvido,  
no para mis soledades.

Sin escribirme en tres años  
siquiera una letra sola,  
registrando yo cada ola  
y engañando desengaños  
que apaciguaban deseos;  
y por la ribera abajo  
pidiendo cartas al Tajo,  
creyendo que eran correos  
las crecientes que a mis puertas  
ondas daban sucesivas,  
para todos aguas vivas  
y para mi sola muertas.

Cansóse ya la paciencia;  
nombre me dio de su esposa  
mil veces Manuel de Sosa;  
tomó como tal licencia  
que aposesionaron ruegos.

Partióse y llevó consigo  
de un año un solo testigo  
de mis disparates ciegos.

Debióronse de anegar  
entre inmensidad de espumas,  
palabras; que éstas y plumas  
lleva el viento; ¿qué hará el mar?

CARBALLO: La guerra y tiempo divierte  
el ocio de esos cuidados;  
no es amor para soldados  
y la ausencia es otra muerte.

Mucho os quiso mi señor,  
y viendo vuestra belleza  
realzada con la fineza  
de tanta lealtad y amor  
le obligará, cosa es clara,  
y si olvidarse es delito,  
hará las paces Diaguito,  
que es los ojos de su cara.

MARÍA: ¡Hijo de mi corazón!  
Sus deseos solamente

causa ha sido suficiente  
a mi peregrinación.

¿Quién duda que de su madre  
olvidado, el capitán,  
aquí sus gustos tendrán  
empleo que más les cuadre?

CARBALLO: No sé, aunque tientan a pares

las indianas hermosuras,  
que pruebe sus aventuras  
con las damas malabares;  
que en la India, porque se note,  
las caras que soplan brasas,  
unas son ciruelas pasas  
y otras son de chamelote.

Las daifas más estimadas,  
y que aquí se solemnizan,  
si no negras, mulatizan  
y son ninfas nogueradas.

Ninguna el rostro se adoba,  
no se perfuma ninguna,  
las más huelen a grajuna  
y todas son de caoba.

¿Qué voluntad amarilla  
las ha de amar, si es discreta,  
habiendo dama con teta  
que la llega a la rodilla?

El gusto de mi señor  
es de noble portugués;  
llegad a hablarle después  
que deje al gobernador;  
que puesto que en su palacio  
se aposenta, tiempo habrá  
que amante os satisfará.

Ellos vienen; más despacio  
podréis estimar, señora,  
finezas de vuestra fe;  
que si de repente os ve  
le alborotaréis ahora.

*Vanse. Salen el gobernador GARCÍA de Sá y*

*MANUEL de Sosa*

GARCÍA: Cuando pasé ahora un año  
por Cambayá, y la aseguré del daño  
que Dío recelaba  
con el bárbaro cerco que esperaba,  
mi gobierno acabado  
en Caúl, fui de vos tan regalado,  
que mi Leonor no sabe  
sufrir conversación que no os alabe.  
Dice que lo que estuvo  
con vos en Dío, a nuestra patria tuvo  
de tal suerte olvidada,  
que, en vuestra compañía agasajada,  
ni echó menos a Goa  
ni supo si en el mundo había Lisboa.  
Ahora, pues, quisiera,  
capitán, hospedaros de manera,  
ya que os tiene en palacio,  
que descansando en él por espacio  
largo saliera de este empeño,  
que según le encarece no es pequeño.  
Su fiador he salido,  
y así, mientras gobierno la India, os pido  
que en nuestra compañía  
cumpláis con mi deseo y su porfía.

MANUEL: Términos portugueses  
son pródigos en ella; por dos meses  
que merecí hospedaros  
en Dío y con deseos regalaros,  
que con obras ya vía  
que era imposible a vuesa señoría  
en una fortaleza  
tan pobre agasajar tanta nobleza,  
por término tan breve  
no es bien confiese deudas que no debe.

GARCÍA: Es muy agradecida,  
Leonor, y estáos, Manuel, reconocida;  
mas no tratando de esto,

sabed, Manuel de Sosa, que he dispuesto  
darla seguro estado;  
yo estoy de canas y de vejez cargado;  
Leonor es mi heredera  
y única sucesora; en fin, quisiera  
que la honrara un esposo  
fidalgo en sangre, en obras generoso.  
Para esto había elegido  
a don Juan Mascareñas, conocido  
por su valor y hazañas,  
no sólo en su nación, en las extrañas;  
mas repúgnalo tanto  
que ofende su obediencia con su llanto.  
Dice que mientras vivo  
culpará mi crueldad si la cautivo,  
pues en mí la dio el cielo  
amparo, esposo y padre. Este desvelo  
me causa pesadumbre,  
y el dársela también, porque es la lumbré  
y objeto de mis ojos  
y llegárame a ellos darla enojos;  
vos podéis persuadirla,  
pues os tiene respeto, y reducirla  
a lo que yo no puedo.

MANUEL:       (¡Ay cielos rigurosos!)                   **Aparte**

GARCÍA:                               Ved que quedo  
en vos, Manuel, confiado.  
Don Juan es vuestro amigo, gran soldado,  
su edad en primavera,  
su sangre ilustre y que heredar espera  
un mayorazgo rico;  
galán, y en condición os certifico  
que un ángel me parece;  
decid que goce el bien que Dios la ofrece.

MANUEL:       Si en mis ruegos estriba  
el daros gusto a vos, mi persuasiva,  
señor, puesto que tosca,  
procurará que humilde reconozca  
lo mucho que en serviros  
interesa.

GARCÍA: Venid a divertiros  
a la marina un rato  
conmigo, si gustáis, que ya su ornato  
la noche mercadera,  
ausente el sol su opuesto, saca afuera  
y aperebid mañana  
razones concluyentes, que si allana  
Leonor su resistencia  
y por vos califica su obediencia,  
deberáos don García,  
una alegre vejez.

MANUEL: (¡Ay Leonor mía; **Aparte**  
siendo ya vos mi esposa  
igualmente constante como hermosa  
qué desacierto ha sido  
hacer casamentero al que es marido!)

*Vanse. Salen doña LEONOR dando un papel a  
doña MARÍA*

*Salen doña LEONOR dando un papel a doña  
MARÍA*

LEONOR: Mira que de ti me fío,  
Acuña.

MARÍA: Daré el papel  
puntual, secreto y fiel;  
pues siendo vos dueño mío  
y debiéndoos lo que os debo  
desde que os entré a servir,  
mi contento es asistir  
a vuestro gusto.

LEONOR: Me atrevo  
en fe de esa confianza  
a extrañas cosas por ti.

MARÍA: No fuera no hacerlo así  
tanta con vos mi privanza.

LEONOR: Mi padre no hay que avisar,  
si eres discreto.

MARÍA: Ni es justo;  
¿Llévoles cosas de gusto?  
LEONOR: No son sino de pesar.  
Encárgole cierta cosa  
difícil y de importancia.  
MARÍA: Perdónese mi ignorancia;  
creí que Manuel de Sosa  
era vuestro pretendiente  
dichoso y correspondido  
con asomos de marido.  
LEONOR: ¡Jesús! Es tan diferente  
de esto lo que le encomiendo,  
que antes ha de disuadir  
a mi padre e impedir  
pretensiones.  
MARÍA: Ya lo entiendo;  
no hay que declararos más;  
cumpliré mi comisión  
como tengo obligación.  
LEONOR: En el jardín me hallarás.

*Vase*

MARÍA: Billete doña Leonor  
para mi Manuel de Sosa,  
de su padre recelosa  
con tal secreto y temor.  
Sospechas si no es amor,  
¿qué puede ser?  
¡Qué presto empiezo a temer!  
Mas es del amor efeto,  
¿papel secreto  
sin verle yo y soy mujer?  
Celos míos, eso no;  
que para desestimaros  
con indicios menos claros  
sospecho mis males yo;  
amor por oficio os dió  
andar inquietos

y acechar siempre indiscretos  
lo que no alcanzáis a ver;  
donde hay mujer  
y celos nunca hay secretos.

¿Yo, amante menospreciada;  
doña Leonor cuidadosa;  
papel a Manuel de Sosa;  
mi amor y fama olvidada,  
y qué no ha de saber nada  
don García?

No, celosa pena mía,  
más mal hay del que parece;  
esto merece  
mujer que en mujer se fía.

*Rómepelle. Lee*

"Permisiones de mi amor  
han dado causa a un delito  
que, por no ser para escrito,  
la pluma enfrena el temor.  
Vuestra vida con mi honor  
corren riesgo, don Manuel.  
La honra es siempre crüel  
que sus agravios conoce,  
diréos viéndome a las doce  
lo que no osó este papel."

¡Ay, ofendida esperanza!,  
ya de vos no hay que hacer cuenta;  
ten tierra, celos, tormenta?

¿En el mar, amor, bonanza?  
Peligros de esta mudanza  
ya los temieron mis daños.

¿Al cabo de tantos años  
me anegan agravios, cielos?  
Sí, que no son donde hay celos,  
Santelmo los desengaños.

¿Qué dudo, si por escrito  
confiesa doña Leonor

permisiones de su amor  
que condena por delito?  
Remedios que solicito  
mis desengaños los borren,  
riesgo le escribe que corren  
su honor y vida--¡ay de mí!--  
mi amor los corre, eso sí,  
pues dichas no le socorren.

¿Qué riesgos pueden correr  
sin terceros sus amores?  
Mas amor que esconde flores  
mal puede el fruto esconder.  
Ceben de echarse de ver  
hurtos de su amor liviano;  
y de su padre, no en vano  
temerá la justa pena;  
mas pues sembró en tierra ajena  
que lo pague el hortelano.

Palabra me dió de esposo  
y un hijo que en su resguardo  
no le ha de afrentar bastardo;  
don García es generoso;  
ya, secretos, es forzoso  
que os saque el peligro afuera;  
a hablarle voy aunque muera;  
que si se han dado los dos  
las manos, para con Dios,  
de palabras la primera.

*Vase. Salen don GARCÍA y don JUAN*

GARCÍA: Iréis, don Juan, con una escuadra mía  
de galeras, armadas para guarda  
del rey recién cristiano, cuando el día  
salude el alba con su luz gallarda;  
labraréis en Tanor la factoría  
que Safidín ofrece, y si se tarda,  
y su gente en negarla está resuelta,  
cargaréis la pimienta y daréis vuelta.

JUAN: ..... [-osa]  
.....[-ida]  
.....[-osa]  
.....[-ida].  
Si promete premiar, Leonor hermosa,  
por ti--¡oh, señor!--la fe con que es querida,  
corto trabajo a largo premio mides.  
Los doce añade con que se honra Alcides.  
Iré a Tanor, y como se me encarga,  
persuadiré a su rey cuando le lleve,  
al tributo, al presidio y a la carga  
de especia y drogas que cumplirnos debe  
la dilación que amor juzgará larga;  
ya portugués Jacob, tendrá por breve  
mi esperanza, aumentando en sufrimientos,  
a mis servicios más merecimientos.

GARCÍA: Id, pues, don Juan amigo, a apercibiros,  
que quiere Safidín salir mañana  
antes que el sol.

JUAN: ¡Oh golfo de zafiros!  
Dad prisa al alba de jazmín y grana;  
no hay vientos que esperar donde hay suspiros;  
no hay mares que temer cuando se allana  
a quererme Leonor; de Alción los días  
serán al mar las esperanzas mías.

*Vase. Sale doña ISABEL a una puerta con un  
niño en los brazos*

ISABEL: Si está avisado, él será.  
GARCÍA: ¿Qué es esto, a tal hora abierta,  
cielos, del jardín la puerta?  
ISABEL: Fidalgo, llegaos acá.  
GARCÍA: Disimular es mejor.  
ISABEL: ¿Sois Manuel de Sosa?  
GARCÍA: Sí.  
ISABEL: ¡Qué presto le conocí!  
¿Dónde está el gobernador?  
GARCÍA: Rondando las portas.

ISABEL: Bien;  
lo mismo Acuña me dijo.  
Poned en cobro este hijo  
de que os doy el parabién;  
que es tan parecido a vos  
que en él se verá su padre;  
riesgo ha corrido su madre,  
mas ya está mejor. Adiós.

*Cierra y vase*

GARCÍA: ¿Sueño? ¿Estoy despierto o loco?  
Durmiendo debo de estar;  
mas, temor, si esto es soñar,  
¿qué puede ser lo que toco?  
A quimeras me provoco  
que desmienten mi sentido.  
¿Manuel de Sosa hoy venido  
y con hijo que nace hoy?  
No, cielos, durmiendo estoy.  
Pero despierto y dormido  
a un tiempo no puede ser...  
¡Qué de sospechas colijo!  
"Poned en cobro este hijo."  
¡Y hoy venido, ausente ayer!  
Donde es forzoso el creer  
excusado es el dudar,  
peligroso el sospechar,  
afrentoso el permitir,  
pusilánime el sufrir  
y cuerdo el averiguar.  
Nueve meses ha que en Dío  
su alcaide nos hospedó;  
¿si la posada pagó  
a mi costa el honor mío?  
Cuanto más de Leonor fío  
menos hay que hacer caudal  
de la que es más principal,  
y más cordura el temer;

que es el vicio en la mujer  
defecto trascendental.

Mas no ofendamos su estima  
hasta aquí sólo iniciada;  
en Dío entró acompañada  
de doña Isabel, su prima.  
Menos la bala lastima  
que está del cañón más lejos;  
procuren sanar consejos  
lo que culpas informaron;  
que no en balde se estimaron  
en más los médicos viejos.

Mas nunca doña Isabel  
me alabó tan officiosa  
y necia a Manuel de Sosa  
como Leonor siempre en él.  
Si noble, sólo Manuel  
con la nobleza se alzó;  
si discreto, él se llevó  
la cátedra de los sabios...  
¿Siempre Manuel en los labios  
y no en el alma? Eso no.

¿De qué sirve en mi porfía  
hacer discursos a obscuras,  
si todas mis conjeturas  
paran en deshonor mía?  
Mi sangre a Leonor envía,  
mi sangre, que no se infama;  
de mi sangre, Isabel, rama,  
corre también por mi cuenta;  
pues si cualquiera me afrenta,  
¿qué está dudando mi fama?

¡Oh, quién en tal confusión  
sin riesgo de la prudencia,  
imitara la sentencia  
que hizo sabio a Salomón!  
Supiera en la partición  
del infante pleiteado  
por dos madres, mi cuidado,  
aunque dos partes le hiciera,

quién era la verdadera  
y quédase yo vengado.

Pero yo sé que no osara  
dar la sentencia que dió,  
Salomón, si como yo  
su infamia participara.  
Callemos, que si a la cara  
se asoma la enfermedad,  
ella dirá la verdad  
y yo vengaré mi mengua,  
pues la discreción sin lengua  
veneró la antigüedad.

*Salen MANUEL de Sosa y CARBALLO*

CARBALLO: En paje se ha transformado;  
mira, al tiempo que has venido.

MANUEL: ¡Qué para poco que ha sido  
el mar, pues no la ha anegado!  
En todo soy desdichado.

CARBALLO: Si con dos has de casarte,  
lo mejor será ausentarte.

GARCÍA: (Éste es.) **Aparte**

MANUEL: ¡Ay, Leonor hermosa!

GARCÍA: Capitán Manuel de Sosa,  
una palabra aquí aparte.

MANUEL: ¿Quién sois?

GARCÍA: Estaráos mejor  
no saberlo.

MANUEL: ¿Otro cuidado?

GARCÍA: Esto para vos me han dado;  
guardáos del gobernador.

*Vase*

MANUEL: ¡Ay, cielos!

CARBALLO: ¿Hirióte?

¡Ay, Leonor!

Hijo es éste. ¿Hay más azares?

CARBALLO: ¿Qué tienes?

MANUEL: Nada. ¿Pesares,  
tantos juntos? No me sigas.  
Vete.

CARBALLO: Voime.

MANUEL: No lo digas.

CARBALLO: (¡Mujeres e hijos a pares!) **Aparte**

*Vanse, cada uno por su puerta*

**FIN DEL PRIMER ACTO**

## ACTO SEGUNDO

*Salen doña MARÍA, de hombre, y MANUEL de Sosa*

MANUEL:       Son con tanto fundamento

tus quejas, doña María;  
tan justo tu sentimiento,  
tan grande la culpa mía,  
tanto mi arrepentimiento,  
    que el silencio sólo puede  
responderte, pues en él,  
porque más confuso quede  
de mi descuido crüel,  
la pena el agravio excede.

    ¡Seis años de amor perdidos,  
tus méritos ofendidos,  
tus favores mal pagados,  
sin premio tantos cuidados  
y yo con tantos olvidos!

    Si disculpas les buscara,  
mayor mi delito hiciera,  
más tu enojo provocara  
y mayores causas diera  
A que el mundo me afrentara.

    ¿De qué servirá alegar  
olvidos de tanto amor  
con la ausencia y con el mar,  
si hago mi culpa mayor,  
pudiéndome despertar

    un hijo en cuyo retrato  
contemplando cada rato  
su hermoso original veía?

    ¡Ay, cara doña María,  
dame muerte por ingrato!

MARÍA:       No digas más, que en quien ama,

Manuel, disculpa menor  
basta a despertar su llama,  
agravios perdona Amor,  
que por eso dios se llama.

Siendo hombre tú, no me espanto  
que ausente no correspondas,  
a tus deudas y a mi llanto.

Tantos mares cuyas ondas  
sepultaron bajel tanto,

¿qué mucho que puedan más  
que yo? Disculpado estás,  
que ya de la ley salieras  
de amante ausente si fueras  
más firme que los demás.

Yo perdono lo pasado  
como enmiendes lo presente.

MANUEL: No hay más amor bien logrado  
que el que en belleza prudente  
hace fácil su cuidado.

¡Qué discreta es tu hermosura,  
generosa en perdonar  
agravios de mi locura!

MARÍA: No hay ciencia para tornar  
atrás el tiempo, ni hay cura  
que remedie lo pasado  
sino sólo el escarmiento.

Manuel, ya estás perdonado;  
culpas venideras siento;  
sospechas me dan cuidado.

Hermosa es doña Leonor,  
su padre gobernador,  
hombre tú, yo tu mujer;  
la riqueza y el poder  
se oponen contra mi honor.

En el papel que te escribe  
delitos de amor confiesa,  
y a peligros te apercibe;  
la venganza portuguesa  
no en cera, en diamante vive;  
cosa que no es para escrita

y que riesgos amenaza,  
mal su opinión acredita,  
si del secreto hace plaza,  
que amor mostrar solicita.

No es mujer doña Leonor  
que hiciera ofensa a su honor,  
menos que estando segura  
de la fe con que procura  
burlar bellezas amor.

Si ésta que cumplas espera  
y en ser tu esposa se funda,  
cristiano eres, considera  
lo qué será la segunda  
viva la mujer primera;

que tengo a Dios de mi parte  
y un hijo hermoso en que estriba  
mi acción para condenarte;  
que es Diego, cédula viva  
de que no podrás librarte.

Y si pagando mi amor  
dejas a doña Leonor,  
¿qué remedio han de tener  
deshonras de una mujer,  
iras de un gobernador?

MANUEL: No he de negarte verdades  
que entre tantas confusiones  
acusan mis libertades.

Despeñáronme ocasiones,  
cegáronme mocedades;  
distancias de tu hermosura  
peligros atropellaron,  
que a plaza sacar procura  
mi suerte. ¿Cuándo acertaron  
el amor y la locura?

En Dío fue huésped mío  
el gobernador, y en Dío,  
con haber, mi bien, tan poco  
de Dío a Dios, mi amor loco  
al tirano señorío  
de la belleza rendido,

sin resistencia al valor,  
sin prevención al sentido,  
la conciencia sin temor  
y la memoria en olvido,  
    al inviolable respeto  
con que el huésped se asegura,  
me atreví; fié al secreto  
delitos que mi locura  
saca en público. En efeto,  
    persuaciones amorosas,  
frecuencias siempre dañosas,  
promesas, seguridades,  
y entre ellas, conformidades  
de estrellas ya rigurosas,  
    en dos meses alcanzaron  
conyugales permisiones  
que palabras engañaron,  
que dispusieron traiciones  
y derechos profanaron.

    Partiéronse, y yo ignorante  
llegué ayer, porque hoy castigos  
padezca mi fe inconstante,  
con dos hijos por testigos  
y dos esposas delante.

    Pero, en fin, doña María,  
escoja la suerte mía  
de dos daños el menor,  
viviendo tú, no es Leonor  
mi esposa, ni mi osadía  
    es bien que al cielo se atreva.  
Si te das a conocer  
harás en mi muerte prueba  
del rigor de una mujer  
deshonrada con tal nueva.

    Sólo un medio se me ofrece  
con que este daño excusemos.  
Si difícil te parece  
muera yo y acabaremos  
la pena que me enloquece.

MARÍA:       Como perderte no sea,

propón peligros, y vea  
el mundo en mi amor constante  
sufrimientos de diamante  
que admire, aunque no los crea.

MANUEL: Dentro de una hora, don Juan  
se ha de partir a Tanor,  
de una armada capitán,  
cuya amistad y valor  
aliento a mis penas dan.

De su nobleza fiado,  
haciéndole compañía,  
saliéramos de cuidado;  
pero daré, esposa mía,  
sospechas, de ayer llegado,  
si hoy me ausento y me despido,  
regalado y persuadido  
de don García, que ignora  
agravios de honor, y ahora  
que le asista me ha pedido.

Doña Leonor, si la dejo,  
contará desesperada  
lo que ha ocultado el consejo  
e impedirá mi jornada  
con mi vida airado el viejo.

Vete con don Juan, amores,  
sin que descubras quién eres,  
que en pasando estos rigores,  
cuando algún tiempo me esperes  
podrás con gustos mayores  
premios debidos gozar  
de mi amor, y yo mostrar,  
si mudable te ofendí,  
que sé volver sobre mí  
como te supe olvidar.

MARÍA: ¿Pues qué inconveniente tiene  
que yo me quede contigo?

MANUEL: Muchos, si a saberse viene  
mi insulto, cuyo castigo  
será mortal; no conviene  
que tú participes de él.

Don García es riguroso,  
la vejez es siempre cruel,  
si sabe que soy tu esposo  
y a su noble sangre infiel,  
alcanzaráte el rigor  
de su enojo. Al darme el hijo,  
triste fruto de mi amor,  
un hombre oculto me dijo,  
"Guárdaos del gobernador."

Quien me avisa que me guarde  
de él, amores, ya hace alarde  
de que su agravio recela;  
siempre es vieja la cautela  
como el delito cobarde.

Muera yo si ya está dada  
la sentencia contra mí,  
y no muerte duplicada  
con la tuya: quede en ti  
la imagen bella amparada  
de un hijo en quien resucito;  
luz hermosa que adoramos.  
Mi bien, ¿no será delito  
riguroso, si dejamos  
los dos huérfano a Diaguito?

Claro está; mejor podré  
ausentarme cuando esté  
libre de ti, del rigor  
que temo. Vete a Tanor,  
que al punto te seguiré.

MARÍA: ¡Ay, Manuel, que estoy dudosa  
de que quieres engañarme!  
En Goa Leonor hermosa;  
tú mudable y yo ausentarme  
cuando se llama tu esposa  
con un hijo? Si el postrero  
estiman los padres más,  
de tu olvido sólo espero  
que ingrato añadir querrás  
segundo agravio al primero.

MANUEL: Plegue a Dios, prenda querida,

si llorases ofendida  
mi lealtad y fe constante  
que vengativo levante  
peligros contra mi vida  
cuanto esta máquina encierra.

Si navegase, la guerra  
del mar llevándome a pique  
naufragios no notifique  
inauditos; si en la tierra,  
entre caribes adustos,  
abrasados arenales,  
tigres del monte robustos,  
rayos de nubes mortales,  
rigores del cielo justos,  
todos juntos homicidas,  
verdugos de mis enojos,  
en las prendas más queridas  
ceben su furia a mis ojos,  
porque me quiten más vidas.

MARÍA: Basta, mi bien, que me pones  
pasma con las maldiciones  
que trueque en dichas el cielo.  
Amoroso es mi recelo,  
grandes tus obligaciones.  
Haz de mí lo que gustares,  
que amante en todo te sigo;  
mas consuela mis pesares  
con permitir que conmigo  
lleve a Diaguito.

MANUEL: Que ampare  
gusto yo en su compañía  
soledades de mi amor  
que peligran en la mía  
si intenta el gobernador  
mi muerte. Hermosa María,  
a don Juan vamos a hablar.

MARÍA: En fin, ¿me vuelvo a ausentar  
de ti?

MANUEL: Seguiréte luego.  
A despedirme de Diego

voy.

MARÍA: ¡Qué de ello he de llorar!

MANUEL: ¿Y cuál, sin él y sin ti  
he de quedar? En los dos  
toda el alma dividí.

MARÍA: Bien mío, líbrete Dios  
de este peligro.

MANUEL: ¡Ay de mí!

*Vanse. Salen GARCÍA de Sá, CARBALLO y dos  
CRIADOS*

GARCÍA: Cerrad con llave las puertas  
de todas estas salas.

CARBALLO: (¿Cerrar las puertas? ¡Qué malas **Aparte**  
nuevas!)

GARCÍA: No dejéis abiertas  
las ventanas.

CARBALLO: (¿Eso más?) **Aparte**

GARCÍA: A los dos nos dejad solos.

CARBALLO: (Mal se ponen estos bolos; **Aparte**  
Carballo, en peligro estás.)

GARCÍA: En viniendo quien os dije  
traedle también aquí.

*Vanse los dos CRIADOS*

CARBALLO: (Verdugo será, ¡ay de mí!) **Aparte**

GARCÍA: Sosiégate ¿qué te aflige?

CARBALLO: ¿Yo afligirme? Los culpados  
se aflijan.

GARCÍA: Temblando estás.

CARBALLO: Algunos gatos verás  
que maúllan encerrados.

Tengo condición gatuna;  
abran, porque yo, señor,  
cerrado soy maullador  
y alíviame el ver la luna.

GARCÍA: Sosiégate.

CARBALLO: Ya sosiego.

GARCÍA: ¿Eres bien nacido?

CARBALLO: Sí;  
dicen que cuando nací  
mama y taita dije luego,  
y que a las voces primeras  
desocupé la posada  
de una madre agallegada  
anchísima de caderas.

GARCÍA: ¿Gallego eres?

CARBALLO: De a caballo;  
porque un rocín, aunque en pelo,  
me jubilaba del suelo.

GARCÍA: ¿Cómo te llamas?

CARBALLO: Carballo,  
porque no sé en qué fayancas  
mi madre, ausente el marido,  
jugando pidió el partido  
--Son las gallegas muy francas--  
y un lencero algo molesto  
que el matrimonio terció  
perdiendo se levantó  
y yo me quedé por resto.  
Volvió el propietario a casa,  
y como ausente de un año  
vio que el devantal de paño  
se ahovaba, dijo, "¿Esto pasa?  
Mujer, ¿cómo habéis podido,  
en doce meses de ausencia  
sufrir tanta corpulencia?  
"Porque hogaño no ha llovido,"  
respondió, y según lo prueba,  
el pronóstico del cura,  
no ha de parirse criatura  
hogaño mientras no llueva."  
Él, viendo que averiguallo  
era ofender a su honor,  
dijo, "Escarballo es peor."  
Por eso el hijo es Carballo.

GARCÍA: Si sois gallego no dudo  
publiquéis cualquier secreto  
en viéndoos en aprieto.

CARBALLO: Ninguno allá nace mudo.

GARCÍA: Pues escuchad advertido  
aquellos golpes que dan  
allí fuera.

CARBALLO: Oigo que están  
desahuciándome el oído.

Sudando estoy por mil cabos.

¿Majan granzas ganapanes?

¿Por dicha en casa hay batanes?

¿Muelen maíz? ¿Plantan nabos?

GARCÍA: Más riguroso es su oficio;  
allí os tienen de enterrar,  
si rehusáis el confesar,  
hasta el día del jüicio.

CARBALLO: No le ha de haber para mí.

Pues diga ¿qué me faltara

si yo jüicio esperara?

Moriré como nací;

porque en lo que toca al seso  
tengo el cerebro algo angosto.

¿Confesar? Sí; por agosto

y cuaresma me confieso,

que son cristianos respetos;

y cuando no lo mandara

la iglesia, me confesara

sólo por decir secretos.

Mas yo ¿por qué he de pagar,

pecador de mí, señor,

si mi sá doña Leonor

tan bien supo aprovechar

cosechas de su hermosura,

que lo que en Dío tomó

con renta en Goa pagó

colmado en una criatura?

Si yo no fui la comadre,

si yo no hice el cohombro,

¿es bien que me le eche al hombro?

¿Que muera yo sin ser padre?  
¿Que me azadonen en vida?  
¿Que me maten sin testar?  
¿Y que haya yo de pasar  
dolores de la parida?

GARCÍA: No digas más; basta, sobra;  
éntrate, villano, allí.

CARBALLO: ¡Plegue a Dios si te ofendí  
por palabra, ni por obra...!

GARCÍA: Entra, infame,

CARBALLO: Aunque me entierren,  
los santos están mirando  
mi testamento. "Item: mando  
que en Cacabelos me entierren,  
y no como a los caballos,  
sin clérigos y en corral,  
al cuero colateral,  
entierro de los Carballos."

*Vase*

GARCÍA: Sentenciad la información,  
honra, de vuestros agravios;  
si a hijos matan padres sabios,  
ponedla en ejecución.  
En grado de apelación.  
es superior tribunal  
la clemencia natural;  
declarad si la admitís.  
¡Ay, honra! ¿Que no, decís?  
Pero sois de Portugal.

Huésped que el honor profana  
de quien en su casa vive,  
que infama a los que recibe  
sin ley divina ni humana;  
hija noble que liviana  
hace su afrenta mortal,  
¿no es bien que con muerte igual  
hallen el castigo en mí?  
¿Qué decís, venganza? Sí;  
pero sois de Portugal.

¿Qué proponéis vos, Amor,  
porque lo segundo elija?  
¿Que soy padre y que es mi hija  
única doña Leonor?  
¿Que ha de acabarme el dolor  
de este irreparable mal?  
¿Que no hay juez tan pedernal  
que a sí se mate? Está bien;  
no me espanto, que también  
sois amor de Portugal.

Diga la prudencia ahora.  
Si doy muerte a quien me infama,  
¿no queda viva la fama  
de afrentas publicadora?  
Si se casan, ¿no mejora  
mi discurso de consejo?  
Si está manchado el espejo,  
¿no es más cordura limpiarle  
que perderle por quebrarle?  
Si a mi nieto infame dejo,  
¿a mí mismo no me infamo?  
¿Así no le legitimo?  
Triste en él, ¿no me lastimo  
si bastardo vil le llamo?  
Dudoso aborrezco y amo;  
perdono a un tiempo y castigo;  
soy padre y soy enemigo;  
soy el juez y soy el reo.  
Rehusó lo que deseo  
y huyo lo mismo que sigo.

Venganza, sólo sois vos  
ley del mundo sin prudencia;  
ley de Dios sois vos, clemencia,  
y yo el juez entre las dos.  
Seguir al mundo y no a Dios  
es necia temeridad;  
rigor, filos embotad  
y adquirid con mi mudanza,  
no la honra en la venganza,  
sino la honra en la piedad.

*Sale MANUEL de Sosa y échase a sus pies*

MANUEL: Señor, mi mudo silencio  
trae en mi temor escrito  
procesos en mi delito.  
Contra mí mismo sentencio.  
Como juez te reverencio  
y como padre los labios  
humildes, pero no sabios,  
te piden en culpa tanta.

GARCÍA: Levanta, Manuel, levanta,  
no despiertes mis agravios.  
Mejor sabes defender  
castillos que inclinaciones.  
Vences bárbaras naciones  
y no te sabes vencer.  
Triunfa de ti una mujer,  
¿y haces de triunfos alarde?  
Ya llega el consejo tarde,  
tu misma culpa te afrente.  
Para los demás valiente,  
¿para ti mismo cobarde?  
Espérame aquí encerrado,  
no salga la fama fuera;  
aquí mi deshonor muera,  
yo piadoso y tú casado.  
Diversamente hospedado  
serás de mi cortesía  
que yo de ti el triste día  
que me fue la suerte escasa:  
yo, sin honor en tu casa;  
tú, sucesor en la mía.

*Vase*

MANUEL: Cerca conclusión incierta  
del puerto le hallo más lejos,

donde ni sondan consejos  
ni ve el discurso la puerta.  
No es en el golfo tan cierta  
la muerte como a la vista  
de tierra, si el cielo alista  
vientos que entre obscuridades  
a escollos llevan crueldades  
en nave que los embista.

Muerte merecida aguardo  
si mi mal no determino,  
en mil se parte un camino  
y en cualquiera me acobardo.  
De dos a un hijo bastardo  
mi elección ha de ofender;  
de dos dejo una mujer  
deshonrada, y en las dos  
a un padre ofendo o a Dios.  
Elección: ¿qué hemos de hacer?

Si elijo a doña María  
y a doña Leonor ofendo,  
el sepulcro están abriendo  
que encubra la ofensa mía;  
dicho me han que don García  
pretende--¡terrible aprieto!--  
que en mí, en Leonor y en su nieto  
un castigo corresponda,  
una tierra nos esconda  
y nos encubra un secreto.

Poco importara en mi vida  
satisfacer su rigor;  
pero en la de mi Leonor  
inocente y persuadida,  
a mis engaños rendida,  
en mis palabras fiada  
y en un hijo retratada,  
y que borre un daño igual  
la copia y original,  
no, Amor; no, Fortuna airada.

Perdone mi hermosa ausente;  
hijo natural es Diego;

no es bien que en la elección ciego  
bastardo a su hermano afrente;  
si su madre olvidos siente,  
sabia, peligros consulte,  
monasterios en que oculte  
la pena que la acongoja  
tiene Portugal; escoja  
uno que agravios sepulte.

*Sale CARBALLO*

CARBALLO: ¿Somos cristianos o moros?  
Cuerpo de Dios con la puerta.

MANUEL: ¿Qué es esto?

CARBALLO: La puerta abierta,  
yo en encierro, y no de toros.

MANUEL: ¿Carballo?

CARBALLO: ¿Qué carballeas  
cuando lo que no comí  
me cuentan?

MANUEL: ¿Qué haces aquí?

CARBALLO: Cera hilada; tú te empleas  
en gustos, y a mí, inocente,  
un azadón me da prisa,  
y sin responsos ni misa  
vivo habrá cuerpo presente.

¿Han de enterrarte a ti y todo?

MANUEL: ¡Pluguiera, Carballo, a Dios!

CARBALLO: Caminaremos los dos  
mejor; que ahora no hay lodo  
al otro mundo a la sombra,  
sin riesgo de calenturas,  
en hilando sepulturas  
--sólo el pensarlo me asombra--  
por ventas cuando las haya,  
en carnes y a la ligera,  
tú en tu muerte caballera  
y yo en mi muerte lacaya.  
Comiendo, en vez de perdices,

sapos avaros y feos,  
culebras, y por fideos  
gusanicos y lombrices.

Mas las puertas abren ya;  
trocara yo esta ocasión  
en moneda de vellón:  
nuestro verdugo será.

*Salen el gobernador, don GARCÍA de Sá y  
doña LEONOR*

GARCÍA: La vergüenza es provechosa  
antes de hacerse el pecado;  
tarde te has avergonzado.  
Llega, y da a Manuel de Sosa  
la mano.

LEONOR: De aquesa suerte  
moriré, aunque desdichada,  
contenta a un tiempo y honrada.

CARBALLO: ¿Bodas hay, y luego muerte?  
Pues cásenme a mí también,  
no me entierren virginal.

GARCÍA: Daros quiero bien por mal,  
aunque indignos de este bien.  
A don Juan de Mascareñas  
escogía mi elección.  
Ir contra la inclinación  
ocasiona no pequeñas  
dificultades después;  
que el matrimonio desdoran  
y necios los padres lloran  
llevados de su interés.  
Mi jurisdicción no llega  
al alma, que el señorío  
tiene en él libre albedrío.  
Mientras que don Juan navega  
honestad atrevimientos  
dándoos las manos los dos,  
y hallen los padres en vos,

Leonor, sabios escarmientos.  
Hoy habéis de desposaros  
y hoy también salir de Goa;  
un galeón a Lisboa  
despacho donde embarcaros  
podréis. Lo más de mi hacienda  
va en él, cuya estimación  
llega a cerca de un millón;  
dote es vuestro, no me ofenda  
presencia que me ha quitado  
el honor así adquirido,  
hasta que encierre el olvido  
enojos que me habéis dado  
y llegue mi sucesor.  
Cumpla así este medio sabio,  
desterrándoos, con mi agravio;  
desposándoos, con mi amor.

CARBALLO: Eso si despido al cura  
y pago en seco la cera;  
señores; ¿habrá quién quiera  
comprarme la sepultura?

MANUEL: La justicia y la clemencia  
en ti eternizan memorias;  
perpetúe el tiempo historias;  
dé estatuas a tu prudencia,  
y tú a nosotros los pies.

GARCÍA: Más vale que os deis las manos.

MANUEL: ¡Jesús! Tropecé; inhumanos  
pronósticos; si al través  
dais con mi dicha, ¿qué intento?  
Desnudóseme la espada.

GARCÍA: ¡Manuel!, ¿qué es eso?

MANUEL: No es nada.  
Turbación de mi contento.  
¡Ay cielos, dadme, Leonor,  
ese cristal!

LEONOR: Ya os rendí  
con ella el alma. ¡Ay de mí!  
¿Qué es esto? Mirad señor,  
que os debéis de haber herido;

la mano me ensangrentaste  
cuando a dárme la llegaste.

MANUEL: ¡Ay, cielo, por mi ofendido!  
¡Ay esposa despreciada!  
Ya empiezan presagios tristes  
a vengaros.

GARCÍA: ¿Os heristes?

MANUEL: Un dedo al volver la espada.

LEONOR: Ataos en él este lienzo.

MANUEL: Esto es señal, mi Leonor,  
que mezcla sangres amor,  
y en la que a daros comienzo  
veréis cuán unos los dos,  
al yugo de amor atados,  
la unidad de los casados  
logramos, que dijo Dios.

GARCÍA: No hay que mirar agujeros  
ni miedos supersticiosos;  
el cielo os haga dichosos;  
poco tiempo hay, disponeros  
para el viaje es razón;  
ved lo que hay que apereibir,  
que esta noche ha de salir  
de la barra el galeón.

Venid, que no es bien me venza  
de llanto que afrentas da.

LEONOR: ¡Ay Dios! ¿qué fin tendrá  
boda que en sangre comienza?

CARBALLO: ¿Vivo y sano y enterrar?  
¡Oh trágicos azadones!

MANUEL: María: mis maldiciones  
ya me empiezan a alcanzar.

*Vanse. Salen doña MARÍA, de mujer, don JUAN  
y DIAGUITO*

JUAN: Aguardaréle en Tanor,  
aunque dilate esperanzas  
que martirizan tardanzas.

Ha de ser doña Leonor  
mi esposa, y es cada día  
siglo eterno mi deseo.  
Manuel de Sosa hizo empleo,  
hermosa doña María,  
digno en vos de su nobleza.  
Encubrióme vuestro ser,  
mas no se puede esconder  
disfrazada la belleza.  
Más decente es ese traje,  
hálleos en él quien os ama;  
respétoos como a su dama,  
si primero cono a paje  
de mi Leonor os tenía  
voluntad.

MARÍA: Ya me prometo  
dichas de feliz efeto  
en la noble compañía  
de amigo tan generoso.  
Quiéreos mucho Manuel.

JUAN: Paga mi fe; pero de él  
vengo no poco quejoso,  
pues no se fió de mí  
ni quien érades me dijo.  
Tal esposa y con tal hijo;  
yo tan su amigo, ¿y así  
encubrirme sus amores?

MARÍA: La brevedad del viaje;  
el andar yo en ese traje  
y el riesgo de sus temores  
disculpa le pueden dar.

JUAN: ¿Qué riesgo pudo temer  
esoso de tal mujer  
en Goa para ocultar  
seguridades de amor;  
y encubriéndolas así  
querer que esperéis aquí?

MARÍA: Hay quien le fía el honor  
en Goa, en fe de promesas  
imposibles de cumplir,

que rotas han de surtir  
en venganzas portuguesas.

Tiene padre poderoso;  
y en belleza, sangre y fama  
es igual a vuestra dama.

Ved, con esto, si es forzoso  
excusar tan ciertos daños.

DIAGUITO: ¿Dama y padre y que a Leonor  
se iguala y fía su honor?

No hay voluntad sin engaños.

Logre la vuestra y con bien  
le traiga a Tanor el cielo.

JUAN: Señor Diaguito, recelo  
que, según os halláis bien,  
con vuestra ya conocida  
madre, os habéis de olvidar  
de vuestro padre y dejar  
de llorar por él.

MARÍA: Mi vida,  
¿á quién queréis de los dos  
más?

DIAGUITO: Bueno es todo. A mi padre  
como a cabeza; a mi madre  
como alma suya.

MARÍA: Y que en vos  
logra toda su ventura.  
Mucho os quiere Safidín.

JUAN: La reina, su esposa, en fin,  
es vuestra dama.

DIAGUITO: Es figura.

MARÍA: ¿No os regala?

DIAGUITO: Sí; mas besa  
demasiado señora,  
y tiene el olor de mora.  
¡Si ella fuese portuguesa,  
aún, vaya!

JUAN: ¿Vaya? Temprano;  
de tal árbol fruto tal;  
no os negará Portugal  
por lo tierno y cortesano.

*Ruido de tiros*

¡Salva en la playa! ¿Qué es esto?

*Sale CARBALLO*

MARÍA: ¿Naves nuevas?

CARBALLO: Linda tierra;  
valle fértil, fresca sierra.

JUAN: ¿Carballo?

CARBALLO: ¿Señor?

JUAN: ¿Tan presto  
vos aquí?

CARBALLO: Y con mi señor.

MARÍA: ¿Qué dices?

CARBALLO: La verdad pura:  
altarimar cingladura,  
tomando puerto en Tanor,  
viento en popa y mar bonanza  
sesenta embocamos leguas.

MARÍA: Pesares, ya os daré treguas.  
Amor, ya os daré esperanza.

CARBALLO: ¿Qué renunciación es ésa  
de traje, señora mía?  
¿De Acuña en doña María?  
¿De soldado en portuguesa?

MARÍA: Volver a mi natural,  
pues en mis dichas he vuelto.

CARBALLO: Mi señor viene resuelto  
de vivir en Portugal.

Capitán de un galeón  
el gobernador le ha hecho;  
que no le ha visto, sospecho,  
tan grande nuestra nación.

Desembarcará mañana  
con un presente que envía  
a Safidín don García

y a la reina, si es cristiana;  
que hoy ya es tarde, y así salgo  
a daros cuenta a los dos  
de esta venida, y a vos,  
señora, a deciros algo  
que os regocije al oído.

MARÍA: Señal que albricias esperas.

*Al oído*

CARBALLO: ¿Viste todas las quimeras  
que los dos habéis temido  
en Goa, la muerte al ojo  
al creer que don García  
el nieto parto sabía  
y que fulminara enojo?  
Pues, no sólo no lo sabe,  
pero juzgando a favor  
que el capitán, mi señor,  
lleve a Portugal su nave,  
el cargo le ha dado de ella,  
y está esperando a don Juan  
para que esposo y galán  
de la Leonor, doncella  
al uso, alegre su padre,  
y aunque parió de esta traza  
correrá como otras plaza  
la tal, de virgen y madre.

MARÍA: Todo lo dispone el cielo,  
a mis suspiros clemente.  
Mas doña Leonor, ¿qué siente  
de eso?

CARBALLO: Dará la consuelo  
el ver que secreto queda  
su atrevimiento amoroso,  
y que remudando esposo  
sirve a su padre y le hereda.

MARÍA: Buenas nuevas te dé Dios;  
toma esta cadena.

CARBALLO: Buenas  
son nuevas que dan cadenas.

*A todos*

Mientras que no os veis los dos,  
que será en amaneciendo,  
llevémosle allá a Diaguito  
en vez de papel escrito,  
pues en él está leyendo  
el amor que le tenéis.

MARÍA: Mañana ¿no le verá?

CARBALLO: Triste con su ausencia está.  
Si este regalo le hacéis  
daréisle la mejor cena  
que se puede imaginar.

DIAGUITO: Madre, llévenme a embarcar  
con mi padre.

MARÍA: En hora buena.

JUAN: Yo le voy a prevenir  
refrescos, e iré con él  
a cenar.

CARBALLO: Amigo fiel,  
en fin.

JUAN: Débole servir.

MARÍA: Diego: ¿en efecto, queréis  
dejarme por vuestro padre?

DIAGUITO: Mañana vendremos, madre,  
a verla los dos.

MARÍA: ¿No veis  
cuán mal dormiré sin vos?

DIAGUITO: Madre, a fe que llore.

MARÍA: Andad,  
y estos abrazos le dad  
de mi parte.

CARBALLO: Adiós.

DIAGUITO: Adiós.

*Vanse don JUAN, CARBALLO y DIAGUITO*

MARÍA:       Ésta es la primer ventura,  
          cielos, que mi amor os debe.  
Ya que es sola, no sea breve,  
pues no lo es la que no dura.  
¡Oh mar, tu golfo asegura,  
siquiera en fe de mostrar  
cuánto va de amor a mar,  
color de cielos y celos;  
deja éstos, sé de los cielos  
retrato en no te mudar!

*Salen don JUAN y CRIADOS*

JUAN:        Una falúa prevén  
          que me lleve al galeón,  
y en ella el refresco pon  
que te apercibo.

CRIADO 1:        Está bien.

JUAN:        Cúbrela de banderolas  
          que el aire alegren inquietas;  
chirimías y trompetas  
hagan aplauso a sus olas.  
          ¿Queréis que vamos los dos  
a verle esta noche?

MARÍA:        Sí.

CRIADO 2:    Esta carta es para ti,  
y ésta también para vos.  
          Al embarcarse, el criado  
que ahora en tierra saltó  
que os las diese me rogó.

JUAN:        ¿Cartas? ¿Cúyas?

MARÍA:        ¡Ay cuidado!  
          Ésta es de Manuel de Sosa.

JUAN:        Su letra es ésta y su firma.

MARÍA:        Nuevos recelos confirma  
mi desdicha rigurosa.  
          Quien a la lengua del agua,

pudiéndome ver, me escribe,  
nuevas penas apercibe,  
nuevas desventuras fragua.

JUAN:           Aguardar quien las traía  
a embarcarse para darlas,  
y en tierra disimularlas  
viniendo a vernos, no fía  
mucho su dueño de mí.

MARÍA:        Toda soy desasosiego.  
¿Cartas y llevarme a Diego?  
Leed, don Juan, ¡ay de mi!

*Lee*

JUAN:           "En Dio logró el secreto,  
don Juan, una coyuntura  
que dió en Goa a la hermosura  
fruto, de su causa efeto;  
don García tiene un nieto  
con que remoja sus años,  
esposa yo, amor engaños,  
Leonor gusto, vos prudencia;  
cura el tiempo, olvido ausencia,  
y acuerdo los desengaños."

¡Oh alevel! ¡Oh Leonor ingrata!  
¡Oh falso gobernador!  
¡Oh celos, que es lo peor,  
pues vuestro infierno me mata!

No quede nave en el puerto  
que amarras no haga pedazos,  
remos que a fuerza de brazos  
no sigan a quien me ha muerto.

Velas que lleven venganza,  
pues mas que los vientos corren;  
balas, que esperanza borren  
de quien me quita esperanza.

Quejas que cielos obliguen,  
flechas que tiranos pasen,

y celos que los abrasen,  
penas que ingratos castiguen.

*Vase*

MARÍA:       Mudos son mis sentimientos;  
que las ansias que aliviarse  
pueden, cielos, con quejarse  
no son ansias, no tormentos.  
Quítenme los instrumentos  
con que el dolor se mitiga;  
no suspire, no prosiga  
lágrimas que salgan fuera,  
quien porque en sí misma muera,  
en sí misma se castiga.

Alma que su pena apoca  
en el cuerpo que la hospeda,  
sin darse muerte se queda  
o viviendo no está loca.  
Ciérrela el pesar la boca;  
halle la salida escasa,  
en los ojos ponga tasa  
la pena, el llanto ya tarde,  
y abrásele por cobarde  
quien no osa salir de casa.

Veneno es este papel  
como el traidor que le escribe.  
Quien con tantas penas vive  
podrá ser vivo con él,  
a su fe y palabra infiel  
e ingrato a Dios. ¿Qué esperáis,  
alma, que no le miráis?  
Si os es el vivir molesto,  
vedle, mas con presupuesto  
que muerte me deis y os vais.

*Lee*

"Aprietos de don García,  
inocencias de Leonor  
y un sepulcro que el rigor  
para tres cuerpos abría,  
prenda mía, ya no mía,  
a mi pesar injuriada,  
mi fe castigan quebrada,  
mas para cortas venturas  
fundó el cielo en las clausuras  
presidios de gente honrada."

No lo serán para mí  
pues que sin honra me dejas,  
ni el cielo, a mis llantos sordo,  
pondrá en olvido su ofensa.  
Ya está la adúltera nave,  
menospreciando firmezas,  
favoreciendo mudanzas  
que imita al traidor que lleva,  
sin recelo que les calme  
el viento, hinchadas las velas  
las ayudan mis suspiros,  
que dan por la popa en ellas;  
para atormentarme más,  
las voces infames llegan  
de los ministros villanos  
a mis confusas orejas.

*Dentro*

VOZ:           ¡Iza, que el viento se alarga!

*Dentro DIAGUITO*

DIAGUITO:    ¡Madre, señora! Sin ella,  
                  ¿dónde me lleva mi padre?

MARÍA:        ¡Ay, cielo! ¡Ay, ansias! ¡Ay, penas!  
                  ¡Dejadme arrojar al agua,

mi bien, mis ojos! ¿Qué intentan  
los que sin vos lastimosa  
mis desdichas acrecientan?  
¿Que el rigor no me permita  
este consuelo siquiera?  
Diego mío, espejo hermoso,  
¿que aun no gusta que me vea  
en vos vuestro padre ingrato?  
Mas si en vos se representa,  
en vos veré ingratitudes,  
amores, querida prenda.

DIAGUITO: Madrecita de mis ojos  
yo me echara al mar tras ella  
si estos hombres me dejaran.

MARÍA: ¡Cielos santos! ¿No hay tormentas,  
no hay calmas, no hay huracanes,  
que ingratos al puerto vuelvan?  
¿Todo ha de ser mar bonanza?  
¿Todo viento en popa? Vengan  
borrascas que el leño embistan,  
piratas que le acometan,  
rayos que le despedacen,  
rémoras que le detengan,  
ballenas que le trastornen,  
bajíos que le hagan piezas.  
¡Diego mío!

### *Muy lejos*

DIAGUITO: Adiós, adiós.

MARÍA: ¡Plegue al cielo que no tengas,  
crüel, próspero viaje!  
El mar, enriscando sierras,  
tus pilotos desatine;  
desmenuce tus antenas,  
tus velas al agua arroje,  
tus jarcias todas revuelva,  
no te quede mástil sano,  
no te deje tabla entera;

diluvios sobre ti caigan  
porque zozobres en ellos;  
en su piélago agonices,  
y si llegares a tierra,  
estériles playas llore;  
encuentres Libias desiertas,  
caribes tu esposa agravien,  
indios roben tus riquezas,  
la sed mate a tus amigos,  
de hambre tus ministros mueran.  
Las prendas que más estimes,  
ésas en pedazos veas  
pasto de hambrientos leones,  
de tigres mortales presas.  
No sepan de ti las gentes,  
ni otra sepultura tengas  
que las silvestres entrañas  
de las más bárbaras fieras.  
Mas, ¡ay, crüel!, tus maldiciones mismas  
éstar, no te alcancen, que me llevas  
la prenda más querida;  
por ella ampare Dios tu ingrata vida.

**FIN DEL SEGUNDO ACTO**

## ACTO TERCERO

*Salen doña MARÍA, don GARCÍA y don  
JUAN*

GARCÍA: No aumentan, doña María,  
mis ansias vuestros enojos,  
que en vos salen por los ojos  
parando en el alma mía.  
No sabía  
que desposados los dos  
--¡ay, honra! ¡ay, Dios!--  
cuando su fama ofendiera,  
se atreviera  
al cielo, a mi honor y a vos.

¿Qué importa que para el mundo  
sea legítima esposa,  
Leonor, de Manuel de Sosa?  
Preso en tálamo segundo  
en Dios fundo  
el derecho verdadero,  
y así infiero  
que es adúltero Manuel  
para con él,  
casado con vos primero.

De un golpe sólo ha quitado  
seis honras, siete ofendido,  
a Dios el yugo rotpido  
que al hombre una esposa ha dado;  
a mí engañado,  
ignorante de este error,  
y a Leonor,  
que ser única creía,  
y en un día  
pierde esposo, ser y honor.

A vos, pues, os menosprecia,

dejándoos con tal crueldad;  
a don Juan, cuya amistad  
rompe, que un bárbaro precia.  
Leonor, necia,  
llorará bastardo un hijo;  
que colijo  
de quien hidalgo se llama,  
y a su fama  
ofende... ¿ni qué me aflijo?

Si yo el consejo siguiera  
de mi venganza, ocultara  
mi agravio y los enterrara  
juntos, puesto que muriera.  
¿Y á qué espera  
padre que en su honor estriba,  
si se priva  
de restaurar desaciertos?  
A estar muertos  
no llorara infamia viva.

Era la honra mi espejo;  
sienta el alma su destrozo;  
su aumento procuré mozo,  
su pérdida lloro viejo.  
Vil consejo  
de piedad. Esto merece  
el que obedece  
a su amor, porque enterrado  
el pecado  
ni deshonra ni padece.

¡Qué bien guardará secretos  
un sepulcro vengativo!  
Ya mi agravio sucesivo  
pasará de hijos a nietos;  
ya respetos  
de honor el remedio es tardo,  
ya no aguardo  
sino descendencia infame  
cuando llame  
mi nieto el mundo un bastardo.

JUAN:            Los sentimientos son vanos,  
perdóneme vueseñoría,  
cuando la venganza envía  
sangre animosa a las manos.

    Mientras vive el ofensor  
no desmaye el ofendido;  
doña Leonor no ha perdido  
un ápice de su honor.

    Si la deslealtad supiera  
del capitán, cosa es clara  
que la mano le negara,  
que la suya no admitiera.

    No le juzgaba casado;  
su engaño creyó apacible,  
y la ignorancia invencible  
excusa todo pecado.

    Faltando el consentimiento  
no hay culpa en la voluntad;  
no consintió su beldad  
sin conyugal sacramento  
    que amor le aposesionase;  
y así no me espanto yo  
que quien a ti engañó  
a una mujer engañase.

    Es crédula la belleza;  
¿qué mucho que en tal porfía  
se fiase de quien fía  
el rey una fortaleza?

    Manuel de Sosa, ése sí,  
que su lealtad atropella  
contra el cielo y Leonor bella,  
contra tu honra y contra mí.

    Pero por eso el honor  
halló amparo en la venganza,  
menoscabo en la tardanza  
y padrino en el valor.

    Yo iré tras él, pues me toca  
tanta parte de este mal,  
no sólo hasta Portugal,  
cuando falte alguna roca

que alevosos despedace,  
por todo cuanto al sol mira  
desde el sepulcro en que expira  
hasta la cuna en que nace.

Yo le traeré a tu presencia,  
porque en ella amigo falso,  
el teatro de un cadahalso  
represente la sentencia

capital, que ya le intimo;  
y satisfecho tu honor  
la mano a doña Leonor  
daré, que no desestimo

yo inocencias engañadas  
de amorosas persuasiones.  
Tú que en las ocupaciones  
de aqueste gobierno atadas

tienes las manos y pies  
estorbando el ausentarte,  
permite, señor, vengarte  
la ira de un portugués

que tu honor va a restaurar,  
y, aunque aborrecido, adora.  
Tiende velas, desancora,  
alza amarras, vira al mar.

### *Vase*

GARCÍA:        ¡Plegue a Dios que los alcances  
y que venciendo imposibles,  
surques golfos apacibles  
victorioso de sus trances!

¡Plegue a Dios que a mi presencia  
don Juan generoso, tornes  
con ellos, para que adornes  
armas que a tu descendencia  
dejes, y escriban historias  
la fama de tu valor;  
que el restaurar un honor  
más vale que mil victorias!

*Vase*

MARÍA:           ¡Plegue a Dios que favorables  
vientos, don Juan noble, lleves,  
porque faciliten leves  
sus piélagos formidables!  
    ¡Plegue a Dios que halles concordés  
olas de la mar sagrada,  
y que a la primer jornada  
la nave adúltera abordes!  
    Mas si un ingrato ha de ser  
de tu venganza despojos  
nunca--¡plegue a Dios!--tus ojos  
sus gaviás merezcan ver.  
    Diversa derrota sigas  
vientos tengas por la proa,  
nunca llegues a Lisboa,  
nunca tu intento consigas.  
    Dificultades inmensas  
se opongan a tu furor,  
porque más puede un amor  
si es firme, que mil ofensas.

*Vase. Aparécese una nave en lo alto, y en  
ella doña LEONOR, MANUEL de Sosa, CARBALLO y otros;  
zunchazos*

LEONOR:           ¡Favor, cielos piadosos!  
                    ¡Ay, mi Manuel, que vientos tan furiosos!  
MANUEL:        Calmó, Leonor, el Leste,  
                    persíguenos Sudueste con Nordeste;  
                    el mar al cielo llega.  
CARBALLO:      Maldiga Dios el alma que navega.  
LEONOR:        ¡Favor, cielo divino!  
CARBALLO:      ¡Agua de Satanás, tórnate vino!  
                    Servirá de sufragio  
                    en lugar de tormenta tu naufragio.

MANUEL: Por junio en estos mares  
estos dos vientos siempre dan pesares.

CARBALLO: No vaya yo al infierno  
por agua, ni en paraje donde invierno  
es por junio y por mayo.  
Muerte aguada, ¿qué quieres de un lacayo,  
que en puras ocasiones  
trocaba tus espumas en jamones?

MANUEL: Distamos, Leonor mía,  
de la línea abrasada al medio día  
cerca de treinta grados;  
por invierno y con vientos encontrados  
irémonos a pique;  
volvamos a Sofala o Mozambique  
e invernemos en ella.

TODOS: Vira la proa.

CARBALLO: ¿Qué maldita estrella  
me sacó de Galicia?

TODOS: ¡Jesús sea con nosotros!

CARBALLO: Por justicia  
entre rayos airados,  
ya cocidos nos llevan, y ya asados,  
si peñascos, jigote  
no hicieren de nosotros o almodrote.  
Gallego Ribadavia,  
¿dónde estás?

TODOS: ¡Jesús!

MANUEL: Arbol y gavia  
arrancó el mortal viento,  
aligera el navío.

CARBALLO: ¿Ha tal tormento?

MANUEL: Echa al agua esas cajas  
de drogas y pimienta.

CARBALLO: Con ventajas  
juega el mar si está airado,  
¿que hará después, señor, salpimentado?  
Otras cosas le aplica  
que la pimienta abrasa, enoja y pica.  
Échale dos poetas  
de estos que silba el vulgo y son maletas

de Apolo; de estos bromas  
que hacen andar los versos por maromas.  
Échale treinta suegras  
y en ellas cebarán sus olas negras.  
Échale diez madrastras,  
verás, si por sus sales las arrastras,  
cuán presto se sosiega.

MARINERO 1: El agua hasta las obras muertas llega  
sin que a fuerza de brazos  
sangrarla puedan bombas ni zunchazos.  
La tierra está cercana,  
varar en ella importa, aunque inhumana.

MANUEL: El cabo es formidable,  
que de Buena Esperanza hizo agradable  
el nombre lisonjero,  
si cabo Tormentoso fue primero;  
mortal su llano y sierra.

TODOS: ¡Que nos vamos a pique!

MANUEL: Vara en tierra;  
echa el batel. Señora,  
la vida importa, no la hacienda ahora.  
Venid.

*Vanse*

CARBALLO: ¿Luego me dejas  
a que me torne congrio? Oigan mis quejas;  
sordos son, mas no mudos;  
romadizado el cielo da estornudos;  
no hay hijo para padre,  
flemas vomita el mar sin mal de madre.  
Cada cual tabla escoge  
en que la vida como resto arroje;  
buscad una, Carballo,  
si sabéis por la mar ir a caballo;  
harta tu sed ahora  
con un millón que tu profundo dora,  
sórbelo, mar traviesa,  
que en esto eres de casta ginovesa.

*Vase. Salen DIAGUITO, doña LEONOR, con un  
niño en los brazos y MANUEL DE SOSA*

MANUEL:       Pues quedamos con las vidas  
                  démosle gracias a Dios;  
                  ¡Señor, perdonadme vos  
                  tantas culpas cometidas!  
                  Basten ya tantos trabajos;  
                  halle amparo en vos mi fe;  
                  perdí mi hacienda y hallé  
                  los venturosos atajos,  
                  para vos, de la pobreza.  
                  Si la limosna os obliga,  
                  permitid, Señor, que diga,  
                  no soberbio, que es bajeza,  
                  sino alegando servicios  
                  para que os doláis de mí,  
                  que a necesitado di  
                  remedio; que beneficios  
                  atajaron desconciertos  
                  de pobres que sustenté,  
                  las huérfanas que casé,  
                  sacrificios que hice a muertos,  
                  religiosos amparados,  
                  hospitales socorridos  
                  y cautivos redimidos;  
                  cuarenta y seis mil cruzados  
                  en vuestros libros de caja  
                  hallaréis, piadoso Dios,  
                  en partidas, donde vos,  
                  si premios de tal ventaja  
                  ofrecéis, piadoso y largo,  
                  a quien el sediento envía  
                  sólo un vaso de agua fría,  
                  podréis librar mi descargo  
                  y asentar mi finiquito.  
                  Si por pagado no os dais;

si airado, Señor estáis,  
yo solo que hice el delito  
el castigo experimente  
que mi soberbia enfrenó;  
yo pequé, páguelo yo;  
no, mi Dios, tanto inocente.

LEONOR:       Ea, mi bien, tu valor  
prueba la suerte importuna.  
No venciendo a la Fortuna  
no te llames vencedor.

Sorbió nuestra hacienda el mar,  
¿qué importa, si vida tienes?  
No hay que hacer caso de bienes  
que son bienes al quitar.

Cleantes los arrojó  
voluntario y no forzado.  
Lo que hizo un gentil de grado,  
¿por qué he de sentirlo yo?

Si, como dices, me quieres,  
tu caudal logras en mí.

MANUEL:       ¿Tú me consuelas así,  
mi bien, sol de las mujeres?

¿Tú, que frágil necesitas  
el consuelo? No te nombres  
mujer, pues vences los hombres  
y tu valor acreditas.

En los trabajos diamante,  
ni temerosa, ni opresa,  
eres en fin portuguesa,  
no hay peligro que te espante.

Diego, ¿cómo venís vos?

DIAGUITO:     Mojadillo, pero sano.  
Señora, déle a mi hermano  
de mamar.

LEONOR:       Entre los dos,  
Diego, mi amor repartido  
un mismo lugar tenéis;  
vos, porque lo merecéis,  
y él porque yo lo he parido.

*Salen cuatro MARINEROS*

MARINERO 1: Del mal el menos.

MANUEL: ¡Hermanos!

MARINERO 2: Ciento diez hombres se quedan  
por la costa donde puedan  
servir a los inhumanos  
monstruos del mar de sustento;  
los cuarenta de ellos son  
portugueses.

LEONOR: ¡Compasión  
extraña!

MARINERO 2: Pero el aliento  
de ver la muerte a los ojos  
a quinientos animó.

MARINERO 3: De la nave se sacó  
alguna ropa y despojos,  
cien mosquetes, cien espadas  
y cosa de treinta picas.

MANUEL: Éstas son presas más ricas  
que las joyas más preciadas.

MARINERO 3: Pero está la munición  
hecha un agua.

LEONOR: Enjugaráse  
cuando esta tormenta pase.

MARINERO 3: Lo demás y el galeón  
sorbióselo el mar ingrato.

LEONOR: Jugó Fortuna, ganónos;  
alzóse, en fin, y dejónos  
eso poco de barato;  
agradezcámoselo,  
que en el juego es ordinario  
perder, y el tiempo es voltario,  
volverá lo que llevó.

MARINERO 4: ¿Hay tal ánimo?

LEONOR: ¿Qué tierra  
es ésta?

MARINERO 1: Si hemos de dar  
fe a cartas de marear,  
de cafres es esta tierra;

los bárbaros más crüeles  
de la Etiopía africana.

LEONOR: Todo el esfuerzo lo allana;  
armas hay que abrasan pieles.

MANUEL: ¿Cuánto habrá de aquí a Zafala?

MARINERO 1: Si hubiera en qué navegar  
doscientas leguas por mar;  
pero por costa tan mala  
su camino pone espanto.

LEONOR: Todo ha de vencerlo el brío

MARINERO 1: Cien leguas de aquí está el río...

MANUEL: Bien.

MARINERO 1: ...del Espíritu Santo;  
y será posible hallar  
portugueses que por él  
con esta gente crüel  
marfil suelen rescatar  
por herramienta y espejos.

MANUEL: Pues, amigos, imposibles  
vencen pechos invencibles;  
no está el socorro tan lejos  
que en ese río esperamos  
que buscarle no podemos.  
Portugués valor tenemos,  
quinientos hombres quedamos.

MARINERO 2: Sí, mas ¿qué hemos de comer?

LEONOR: Árboles hay por los riscos,  
y por la costa mariscos;  
hombres sois, mas yo mujer  
que he de llevar la vanguardia;  
Manuel, dadme ese bastón.

MARINERO 1: Si nos pone corazón  
tan hermoso ángel de guarda,  
¿quién ha de haber que peligro?

MANUEL: Pues alto; a marchar, soldados.

MARINERO 2: Vamos todos apiñados;  
que hay tanto león y tigre,  
que en desmandándose alguno  
bien pueden doblar por él.

LEONOR: ¡Ánimo, pues, mi Manuel!

No se descuide ninguno.

MANUEL: Dejad, mi bien, que primero,  
de las tablas que ha arrojado  
el mar, con todos airado,  
os hagan, aunque grosero,  
algún sillón en que os lleven.

LEONOR: Correréme si eso mandas;  
a imágenes lleven andas,  
damas sus regalos prueben,  
que yo he de ir a pie y delante.

MANUEL: Dame esos brazos, valor  
de Portugal.

LEONOR: Soy Leonor  
León al nombre semejante.

MANUEL: Traigan los negros de carga  
lo que nos perdonó el mar.

LEONOR: Señores, alto, a marchar,  
porque es la jornada larga.  
Cuando falte de comer  
cuentos y donaires tengo;  
veréis cómo os entretengo  
el hambre.

MARINERO 2: ¡No hay tal mujer!  
Por animarnos se ríe.

MARINERO 1: Siempre hemos de ir playa a playa.

MANUEL: Dios en nuestro amparo vaya;  
el ángel santo nos guíe.

*Vanse. Salen BUNGA y QUINGO, negros*

BUNGA: ¿Fuéronse los blancos?

QUINGO: Sí.

BUNGA: Míralo bien.

QUINGO: Ya se han ido;  
desde aquel bosque escondido,  
hecho un escuadrón los vi,  
que marchaban ordenados  
por la costa.

BUNGA: Fuego en ellos;

que tanto miedo he de vellos  
con rayos desatinados,  
que ardiendo echan los bodoques  
y alcanzan de a legua y más.

QUINGO: De ellos se quedan atrás  
tal vez, Bunga, en que provoques  
el apetito.

BUNGA: Bien sabe  
la carne blanca, es muy tierna;  
antaño comí una pierna  
porque se perdió una nave  
cerca de aquí, y de la gente  
que casi ahogada salió,  
medio blanco me tocó.

QUINGO: Viene mucha del poniente  
por el marfil que rescatan  
aquí cerca, hacia aquel río  
del rey de Bongo.

### *Sale CARBALLO*

CARBALLO: ¡Dios mío,  
favor!

BUNGA: ¡Ay!

CARBALLO: Que me maltratan  
aguas que nunca probé.

QUINGO: ¿Qué es eso?

BUNGA: Un blanco arrojó  
el mar.

QUINGO: ¿Tiene rayo?

BUNGA: No.

QUINGO: Pues si no, le pasaré  
con esta vara tostada,  
y tendremos que cenar.

BUNGA: ¡Oh, qué hartazgo me he de dar!

CARBALLO: ¡Ay, tras cada bocanada  
echo las tripas!

QUINGO: ¿Le paso?

BUNGA: Bien pasado el pobre está.

Cojámosle vivo.

CARBALLO: Ya  
no hay, Carballo, que hacer caso  
de vos, ya estáis enjuagado;  
estómago que ha sufrido  
tanta agua, de él me despido;  
no quiero vivir aguado.

BUNGA: Agárrate, pues te alegras  
con tales presas.

QUINGO: Aquí.

### *Cógenle*

CARBALLO: ¡Jesús, que vienen por mí  
dos pájaros de uñas negras!  
¡Cata la cruz!

BUNGA: Tenle bien.

CARBALLO: ¡San Blas, San Arquitrículo,  
que volviste el agua en vino;  
San Pero González!

QUINGO: Ten.

BUNGA: ¡Ay, cielos, qué linda cara  
tiene el blanco!

CARBALLO: ¡San Domingo,  
San Miércoles!

BUNGA: Oye, Quingo,  
flaco está, si él engordara  
sabroso bocado fuera.

QUINGO: ¿Pues hay más que le cebemos  
dos meses?

BUNGA: Así lo haremos;  
agasájale, no muera  
de temor, porque seguro  
que no le hemos de matar  
más fácil podrá engordar.

QUINGO: Bien has dicho.

BUNGA: ¡Guro, guro!

QUINGO: Cugazú, morcí, morcí.

CARBALLO: No os entiendo, no os entiendo;

¿qué diablos me estáis diciendo?

BUNGA: *Jigo...*

CARBALLO: ¿Jigote de mí?

¡Ay, cielos, guisarme quieren!

QUINGO: *Morcí.....[ -én]*

.....

CARBALLO: Y morcillas también  
si en vino no me cocieren.

BUNGA: *Asarú, jigo, quizú.*

CARBALLO: ¿Asado y jigote yo?

¡mal haya quien me parió!

QUINGO: *Pastilay, Bunga mi zú.*

CARBALLO: ¿Que hay pastel en mí y buñuelos,  
dicen?

BUNGA: No quiere entender.

Dile que yo soy mujer,  
que pierda el temor. ¡Ay, cielos!  
que en él me estoy abrasando.  
Dile que no morirá.

QUINGO: *Pastilay.*

CARBALLO: Pastel habrá  
y empanadas.

BUNGA: ¡Qué temblando!

QUINGO: *Albongonzú.*

CARBALLO: Albondiguillas  
me quieren hacer también.

BUNGA: *Pastilay.*

CARBALLO: ¡No huelo bien,  
pues dice ésta que hay pastillas!

BUNGA: Quingo, en mi tambo estará  
mejor si hemos de ceparle,  
que yo sabré regalarle  
y así se asegurará.  
¿No te parece?

QUINGO: Pues yo  
tengo más gusto que el tuyo.

BUNGA: ¡Ay, amor, si éste es mi cuyo  
en buen punto acá salió.

*Bunga, yo, carní verí.*

CARBALLO: Ya me hacen carnero verde.

BUNGA: Parece que el temor pierde.  
CARBALLO: Regalos me hace, ¡ay de mí!  
Contemporizar, Carballo,  
por no morir.  
BUNGA: *Bongo, bongo.*  
CARBALLO: Será fin de Monicongo,  
no te entiendo.  
BUNGA: *Bongo.*  
CARBALLO: Andallo.

*Abrázale*

Abrazóme.  
BUNGA: Si con él  
me caso, no hay más placeres.  
Bongo.  
CARBALLO: ¿Qué diablos me quieres,  
tarima de San Miguel?  
BUNGA: Yo le hartaré de marfil.  
*Cocí, cocí.*  
CARBALLO: Ya entender.  
Dice que me han de cocer,  
ya yo llevo perejil.

*Vanse. Salen doña LEONOR, MANUEL, DIAGUITO y  
los cuatro MARINEROS*

MANUEL: El deseado río descubierta,  
no hallamos, Leonor mía, embarcaciones;  
el hambre cuatrocientos nos ha muerto,  
pasto fatal de tigres y leones;  
infructífero y sólo este desierto,  
salada el agua y tantas maldiciones  
como me alcanzan, niegan la salida  
la muerte al alma y al dolor la vida.  
Un vaso de agua cuesta cien escudos;  
premio mortal de aquél que va por ella;  
pues apenas se parte, que desnudos

de ropas y crueldad le dan por ella  
muerte los cafres bárbaros y mudos.  
Acabóse el sustento, esposa bella;  
un pellejo de cabra mis soldados  
comieron hoy, y cóstome cien cruzados.

El reyecillo vil de aquesta gente  
nos ofrece en sus fuerzas hospedaje,  
entretanto que el cielo, más clemente,  
nos trae amigos que nos den pasaje;  
pero hallo en ello más inconveniente  
que en todo lo demás de este viaje,  
porque las armas en rehenes pide,  
o si no se las damos nos despide.

Dice que sus vasallos, asombrados  
de nuestros arcabuces, no aseguran  
sus vidas de nosotros si hospedados,  
su pobre habitación darnos procuran,  
entre riscos incultos retirados,  
firmes en este tema todos juran  
que si nos desarmamos amigables,  
nos darán de sus frutos miserables.

Obligarles por fuerza es imposible  
si miráis de estos montes la aspereza;  
rendir las armas, condición terrible,  
pues no hay seguridad en su fiereza;  
morir de sed y hambre es cosa horrible,  
mas será indubitable la certeza  
de nuestro lastimero fin, de modo  
que todo es peligroso, mortal todo.

Pero de tantos males y trabajos  
el menor, si os parece, es bien que escoja;  
simples son; con caricias y agasajos  
se amansa un tigre y su rigor se afloja;  
al remedio busquemos los atajos,  
alivie la prudencia a la congoja;  
mi voto, amigos, es que les rindamos  
las armas que nos piden, y vivamos.

MARINERO 1: Yo, a lo menos, morir armado quiero.

MARINERO 2: Yo de idólatras bárbaros no fío.

MARINERO 3: El plomo es mi defensa y el acero.

DIAGUITO: Mataránnos sin armas, padre mío.

MARINERO 4: Quien las da no es fidalgo caballero.

LEONOR: No os engañe, mi bien, tal desvarío.

Sin armas y entre bárbaros tiranos,  
¿no es querer eso atarnos pies y manos?

*Salen los negros [BUNGA, QUINGO y CURGURU], y  
CARBALLO*

CARBALLO: "Mensajeros sois, amigos,

no merecéis culpa, no."

Acá el rey negro me envía,

--negra Pascua le de Dios--

sentenciado por lo menos

entre estos alanos dos,

corchetes del Limbo entrambos

y obligados del carbón,

vengo, si no concedéis

con su gusto a un asador

de palo, que no de hierro,

a título de lechón.

Pesaránme por arrelde,

que así lo notificó

por señas un carnicero

que allá se llama Sisón.

Dice, pues; va de embajada;

que por hacernos favor,

en fe de ser tan amigo

de los de nuestra nación,

que aquí suelen rescatar,

os ofrece desde hoy

una vecindad de hollín

en un reino de Plutón.

Comeréis lindos regalos,

cocos, plátanos y arroz,

jigote, mondongo humano

y una pierna en salpicón.

Gozaréis ninfas del Limbo

cual su madre las parió,

que se afeiten con zumaque  
y es su solimán mejor.  
Por lo grajo, son grajea,  
y por las narices son  
dos valones sevillanos,  
muy ancho cada valón;  
mas haos de costar todo esto  
las armas y munición,  
que la confitura nuestra  
no les hace buena pro.  
Sin azúcar temen balas  
y confites de cañón,  
que no quieren, ayunando,  
que les demos colación.  
Todas las armas, en fin,  
el rey cordobán pidió,  
si queréis vivir con ellos,  
y no dándolas, alón.  
Éste sabe nuestra lengua  
bien que mal, porque trató  
en rescates portugueses  
y él os lo dirá mejor.

CURGURU: No tenemo má que habrá  
di como lo Embasador  
lo que le mandamo el reye  
tomamos resiliación.  
Si arma damo, le hospedamo,  
turo como el culazón,  
si no damo despedimo.  
Mira qué queremos vos.

MANUEL: Esto es fuerza, compañeros;  
resolvámonos, Leonor.  
Su sencillez nos convida;  
muerte es toda dilación.  
¿De qué nos han de servir  
armas contra tan feroz  
enemigo como el hambre?  
Dios nos dará embarcación,  
presto ya el invierno pasa,  
no ha de ser todo rigor;

presto vendrán portugueses  
al rescate; lo mejor  
que el hombre tiene es la vida;  
seguid todos mi opinión,  
no muráis desesperados;  
ninguno diga de no.

MARINERO 1: Yo, a lo menos, si las diere,  
forzado será.

MARINERO 2: Pues yo,  
puesto que deseo servirte,  
dudo de hacer tal error.

LEONOR: ¿Las armas les quieres dar?  
Pues, mi Manuel, muerta voy;  
no esperes piedad en fieras  
sin discurso ni razón.

DIAGUITO: Padre, mire lo que hace.

MANUEL: Matadme, pues, ya que sois,  
vuestros homicidas mismos  
y tan desdichado yo.  
Acabemos de una vez  
con tanta persecución;  
cumpla en mí el cielo presagios,  
satisfaga su rigor.

CURGURU: No tenemo que temé ya.

MANUEL: Hijos, si no por mi amor,  
por el vuestro, que es perdernos  
esa desesperación.

MARINERO 1: Alto; si en tal tema das,  
que nos maten.

MARINERO 2: Por Dios,  
que es sentenciarnos a muerte.  
Mas vaya.

MARINERO 3: Arcabuz, sin vos  
no hago cuenta de la vida.

MARINERO 4: Ya yo sin armas estoy  
y despedido del mundo.

LEONOR: El discurso te faltó,  
Manuel mío, al mejor tiempo.

MANUEL: Dios, mi bien, lo hará mejor;  
llevad las armas, tomadlas,

y al rey decid que hizo hoy  
él solo más que han podido  
en Asia tanta nación,  
que nos dé salvoconducto.

CARBALLO: Escapéme del tajón  
de muerte, de albondiguillas,  
de la sartén y asador.

GURGURU: Aguardámono un poquito  
que habramo con reye voy.  
Arma damo para ya;  
ya no tenemo temó.

*Vanse con las armas  
Salen todos los NEGROS*

LEONOR: Mal hemos hecho, Manuel.

MANUEL: De dos daños el menor  
es éste: así pasaremos,  
mi bien, hasta otra ocasión.

*Van saliendo los NEGROS arriba*

NEGRO 1: Mueran los blancos sin armas.

NEGRO 2: Pasadlos de dos en dos  
con las varas y las flechas.  
¡Ea, cafres, vuestros son  
sus despojos!

NEGRO 3: ¡Mueran!

NEGRO 4: ¡Mueran!

MANUEL: ¡Ay, cielos! ¿Esta traición  
consentís?

LEONOR: Quien dió las armas  
..... [ -ó ]  
esto y más merece.

MARINERO 2: Miren  
si era buena mi opinión.

MANUEL: ¿Todo, cielos, desventura?  
¿Todo, Fortuna, rigor?

¿Todo, desdicha, pesares?  
¿Todo, en fin, persecución?  
Ea, arroje el cielo rayos,  
rompa límites veloz  
el mar, ábrase la tierra,  
cúmplase mi maldición.

MARINERO 1: Huír que brotan los riscos  
negros y flechas.

CARBALLO: Temor  
todo soy; pies, apostemos  
cuál corre más de los dos.

MANUEL: Retiraos con esa gente,  
dulce esposa. Vivid vos;  
que quedaré entretanto  
por blanco de su furor.  
Mientras en mí lo quebrantan,  
escapaos, que muerto yo,  
tendrán fin tantas desdichas.

### *Bajan los NEGROS*

CURGURU: A ellos, a ellos.

MANUEL: Traidor;  
moriré, pero vengado,  
que aún respira el corazón.  
Desesperado me animo,  
brazos tengo, Manuel soy.

### *Vánse todos*

CARBALLO: Entre tanto que se ceban  
en los primeros, si sois  
para seguirme, corred,  
llevaréisme por guión.

*Vase. Vuelve a salir MANUEL con DIAGUITO en los*

*brazos y doña LEONOR con el otro niño en los suyos,  
y pónelo MANUEL en el suelo*

MANUEL:        Esto es lo más escondido  
de este bosque dilatado,  
los cafres se han retirado;  
que aquí me esperéis os pido.  
    Buscaré los compañeros  
que, aunque sin armas están,  
troncos de aquí cortarán  
con que suplan los aceros.  
    Ningunos bárbaros queden,  
quememos su población,  
haga la desesperación  
lo que las fuerzas no pueden.  
    La militar disciplina  
vencerá su multitud.

LEONOR:        Desarmados no hay virtud,  
contra ellos, si no es divina.  
    ¡Ay Manuel, qué deslumbrado  
anduviste!

MANUEL:        Ya eso es hecho:  
el salir de tanto estrecho  
es lo que me da cuidado.  
    Si de noche acometemos  
su rústica población,  
del fuego y la confusión  
huyendo, restauraremos  
    las armas; voy a buscar  
nuestra gente; luego vengo.

*Vase*

LEONOR:        Ya de la vida no tengo  
qué defender ni esperar.  
    ¡Ay hijo, en qué mala estrella  
naciste!

DIAGUITO:        Señora mía:

si llora, el niño que cría  
vendrá a morirse por ella.

Calle, que yo espero en Dios  
que nos ha de socorrer.

*Salen GURGURU y otro NEGRO*

CURGURU: Sola está aquí una mujer;  
desnudémosla los dos,  
gocemos de sus despojos,  
y huyamos la sierra adentro.  
¡Un tigre sale al encuentro!

*Sale un tigre y ase a DIAGUITO*

DIAGUITO: ¡Padre mío de mis ojos,  
que me lleva a hacer pedazos!

*Ase un NEGRO a LEONOR*

CURGURU: Tráela.

LEONOR: ¡Cielo rigoroso,  
¿qué es esto? ¡Manuel, esposo!

*Éntranse con ella*

CURGURU: No la sueltes de los brazos.

LEONOR: ¡Manuel de Sosa, favor!

*DIAGUITO en lo alto*

DIAGUITO:    ¡Socorro, padre, que muero!

*Sale MANUEL de Sosa*

MANUEL:       ¿Qué es esto? ¡Ay cielos! ¿Qué espero?

LEONOR:       ¡Dulce esposo!

MANUEL:                 ¡Mi Leonor!

*LEONOR en lo alto*

LEONOR:        Cuando no puedas mi vida,  
                  ven a defender mi fama.

DIAGUITO:     ¡Señor padre!

MANUEL:                 ¿Quién me llama?

DIAGUITO:     Cuando mi muerte no impida,  
                  écheme su bendición,  
                  que yo rogaré por él  
                  a Dios.

MANUEL:        ¡Ay suerte crüel!  
                  ¡Ay trágica confusión!  
                  ¡Ay cielos! ¡Ay hado impío!  
                  ¡Hay más males, más enojos!

LEONOR:        ¡Manuel!

MANUEL:                 ¡Leonor de mis ojos!

DIAGUITO:     ¡Señor padre!

MANUEL:                 ¡Diego mío!

LEONOR:        ¡Favor!

DIAGUITO:     ¡Socorro!

MANUEL:                 Divida  
                  el alma esta adversidad;  
                  defienda cada mitad  
                  a la mitad de su vida.  
                  Bárbaros allí amenazan  
                  el honor de quien adoro;  
                  allí tigres el tesoro

de mi vida despedazan.  
¿Adónde iré? ¿qué he de hacer?  
Mientras Leonor se defiende  
librar a mi hijo pretende  
mi amor, mas no ha de poder,  
morir con él es mejor.

LEONOR: Dueño ingrato, ¿así me dejas?

MANUEL: Justas son aquellas quejas:  
socorramos a Leonor.

DIAGUITO: Padre mío, ¿así me olvida?

MANUEL: Alma, allí el socorro os cuadre.

DIAGUITO: ¡Padre!

LEONOR: ¡Esposo!

MANUEL: Esposo y padre;  
aquí la honra, allí la vida,  
y uno yo; los daños dos,  
los peligros divididos  
y para matarme unidos;  
¿y no hay remedio, mi Dios?  
Pues no ha de haber desconcierto  
que a desesperar me obligue.  
¿Todo el mundo me persigue?  
Pues persiga. Ya habrá muerto  
a Diego el sangriento bruto;  
matemos, valor, muriendo,  
a mi esposa defendiendo,  
al cielo obligando a luto,  
al mar que tarde se amanse,  
la tierra que nos sepulte,  
al monte a que nos oculte,  
la crueldad a que descanse.  
Porque si por tantos modos,  
hombres, cielos, mar y tierra,  
todos nos hicieron guerra  
nos tengan lástima todos.

*Salen GARCÍA, don JUAN y doña  
MARÍA*

GARCÍA: ¡Extraordinaria tormenta!

MARÍA: Viniendo embarcada yo,  
¿qué mucho? Jamás me dió  
quietud la suerte violenta.

GARCÍA: ¿Qué barra es ésta?

JUAN: Éste el río  
es del Espíritu Santo.

GARCÍA: Descansaremos en tanto  
que sosiega el mar su brío.

Entró por gobernador  
de la India Jorge Cabral,  
por el rey de Portugal  
nombrado, y tráeme mi honor  
a remediar desatinos  
si tienen, habiendo en medio  
tanto imposible, remedio.

JUAN: El cielo abrirá caminos  
por medio de la venganza  
que aseguren tu sosiego.

GARCÍA: Si a Lisboa vivo llego,  
en mi rey tengo esperanza  
que, premiando mis servicios,  
castigue al torpe Manuel  
de Sosa.

JUAN: Hallarás en él  
severidad para vicios  
y amparo para virtudes,  
y en mí un fiel ejecutor  
porque restaures tu honor  
y en gozo tu pena mudes.

GARCÍA: ¿Qué gente habita en la tierra?

JUAN: Negros torpes y bozales  
que entre fieros animales  
son vecinos de esa sierra.

Dióles el cielo abundancia  
de marfil, que portugueses,  
en fe de sus intereses,  
cargan con harta ganancia,

y estos bárbaros lo dan  
por vidrios y niñerías  
de poco precio.

GARCÍA:                   ¿Qué días  
nos pueden faltar, don Juan,  
para entrar con salvamento  
en Lisboa?

JUAN:                    Si doblamos  
este cabo donde estamos  
y nos favorece el viento,  
en dos meses.

GARCÍA:                   Quiera Dios  
que apacible el mar hallemos,  
y que fin alegre demos  
a nuestras penas los dos.

*Sale CARBALLO como asustado*

CARBALLO:           ¿Portugueses? ¡Dicha mía!  
Carballo a la vida dad  
ensancha, si esto es verdad.

GARCÍA:            ¿Carballo?

CARBALLO:           Gran don García  
ya tienen fin a tus pies  
mis desdichas; ya perdí  
el temor.

GARCÍA:            ¿Qué haces aquí?

CARBALLO:        Ya te lo diré después.  
Ven a socorrer agora  
tus hijos, que si están vivos,  
entre esos cuervos cautivos,  
los comerán dentro un hora.

GARCÍA:            ¿Qué dices?

MARÍA:             ¡Ay, honra mía,  
ya el cielo os allana estorbos!

CARBALLO: Zampóse el mar en dos sorbos  
la nave y lo que traía,

que nunca gasta otros huevos;  
quinientos vivos quedamos  
que infierno o tierra tomamos  
para hallar peligros nuevos.

De quinientos, ciento y treinta  
quedamos que tigre y hambre  
los demás, aunque en fiambre,  
con ellos hicieron cuenta.

No quedó perro ni gato  
que no supiese a conejos;  
cueros de cofre, pellejos,  
hasta suelas de zapato

nos comimos; y el remate  
de esta peregrinación  
fue entregar la munición,  
ropa y armas por rescate  
de comida a la grajuna  
república de esta gente.

Con nosotros insolente  
jugó después la Fortuna,  
de modo que nos desnudan  
antípodas alemanes  
hasta que en los cordobanes  
nos dejan, y aun de esto dudan;

porque con varas tostadas  
nos agarrochan, sin ser  
toros, y juran hacer  
convites y borrachadas  
con nosotros, de manera,  
que si yo no me escapara,  
tripas negras caminará  
hasta la puerta trasera.

Pues traes gente y arcabuces,  
defiende a Manuel de Sosa,  
tu nieto, y su triste esposa  
de estos grifos avestruces.

GARCÍA: ¡Válgame el cielo! Llamad  
mis soldados, que si viven,

librándolos, aperciben  
mi venganza en mi piedad.

Mueran los dos a mis manos  
y no entre bárbaros negros.

*Sale un MARINERO*

MARINERO: Diérate la bienvenida  
si llegaras a otro tiempo;  
pero pésames te doy  
del más trágico suceso  
que conservaron anales,  
que desdichas escribieron.  
Ya, noble gobernador,  
maldiciones cumplió el cielo,  
vengó agravios, oyó lloros,  
y dio al prudente escarmientos.  
Desnudaron sin piedad  
estos bárbaros hambrientos  
la hermosa doña Leonor,  
sin bastar llantos ni ruegos.  
Vio el sol la primera vez  
los alabastros honestos  
que le ocultaron retiros  
del recato y del respeto.  
Pero no los gozó mucho;  
porque fueron los cabellos  
vicevestidos hermosos  
que soles nieves cubrieron.  
Y lo que ellos no alcanzaron,  
relicario sirvió el suelo,  
viva abriendo su sepulcro  
a la otra mitad del cuerpo.  
Con su compostura casta,  
la del monarca primero  
curioso alargó la toga

hasta los pies; más espejo  
de las matronas, Leonor,  
viva se entierra, escondiendo  
si avarienta, recatada,  
de su belleza secretos,  
reservados solamente  
a amorosos himeneos.  
Hallóla Manuel de Sosa  
de esta suerte, ya entre hambrientos  
tigres, malogrado un hijo,  
y con el otro a los pechos.  
Traspasóse de dolor,  
atajando el desconsuelo,  
para atormentarle más,  
llanto y suspiros sin seso.  
Se entró por entre esas selvas,  
donde entre riscos soberbios,  
o intentará precipicios,  
o fieras le habrán deshecho.  
Satisfechas tus venganzas,  
ya puede el dolor paterno  
las exequias funerales  
fiar a los sentimientos.  
Aquí si pueden los ojos  
sufrir del Scita fiero  
espectáculo tan triste,  
está el teatro funesto

*Descubre a doña LEONOR, ya difunta, a  
DIAGUITO ensangrentado*

en que la ciega Fortuna  
tragedia eterniza el tiempo  
para escarmiento de amantes,  
y éste es el acto postrero.

GARCÍA: Cerrad las puertas, dolor,  
al alma; ahóguese dentro  
de sí misma, no la alivien

llantos ni suspiros tiernos.  
¡Ay, Leonor! Nunca tomaran  
tan a su cargo los cielos  
agravios de un padre airado,  
venganzas de un triste viejo.  
No hay vida que tanto sufra;  
muramos ya y acabemos  
de una vez desdichas tantas.

MARÍA:        ¡Ay, Manuel! ¡Ay, caro Diego!  
¡Ay, mal logros de mi amor!

JUAN:        Mármol soy, absorto quedo,  
estatua en la admiración  
de puro sentir no siento.  
A espectáculo tan triste  
eche Timantes el velo  
y sirva en la compasión  
de escarmientos para el cuerdo.

**FIN DE LA COMEDIA**

***Freeditorial*** 